





ARCHIVO MUNICIPAL
ALCALA DE HENARES

NOV 26 R: 985

TESTAMENTARIA
DE
D. JOSE M. VICARIO

ASAMBLEA EUCARISTICA EN SALAMANCA

Un discurso admirable de Ricardo León



ON MOTIVO DE LA gran fiesta Eucarística celebrada recientemente en Salamanca tuvo efecto un brillantísimo acto literario del que fué mantenedor el ilustre poeta y novelista D. Ricardo León y Román. La prensa diaria describió a su debido tiempo la grandeza esplendorosa de la Asamblea salmantina. Nuestra misión, por consiguiente,

se reduce a ensalzar y aplaudir los actos verificados y a reproducir el discurso de Ricardo León que escucharon más de 5.000 personas congregadas en el monumental patio barroco de la histórica *Clerecia* y presididas por el eminentísimo Señor Cardenal Almaráz.

Publicando íntegramente la prosa y los versos que en esta fiesta inolvidable leyó Ricardo León creemos ofrecer a la delectación espiritual de nuestros lectores una de las más brillantes y armoniosas páginas del prodigioso estilista y clásico evocador de la poesía y la elocuencia de nuestro siglo de oro.

He aquí el texto íntegro del discurso:

EL SACRAMENTO DEL ALTAR

¡Canta, lengua, el divino Sacramento del altar, el Amor de los Amores, que, en sutil apariencia encarcelado, se nos ofrece por manjar al hambre de nuestras bocas, a la sed ardiente de eternidad que abrasa nuestras almas!

¡Loa también con amorosas voces la pura Concepción de Nuestra Madre, la Santísima Virgen, concebida sin pecado, Azucena de la Gracia, vida y dulzura de los hombres, llave de los altos misterios Eucarísticos.

¡Cantemos al Amor que nos convida con su Cuerpo inmolado, aquí presente para dejarse poseer, oculto para dejarse desear! ¡Oh cielos, mundos, estrellas, criaturas, almas, ángeles, hombres: alabad a Cristo, nuestro Señor, en su inmortal Custodia!

No le bastó al eterno Apasionado hacerse carne de dolor, vestirse con la piel de la angustia y de la muerte; cargar sobre sus hombros nuestras culpas, mucho más recias que la Cruz, más torvas y agudas que los clavos, más amargas que la hiel y el vinagre; dar su pecho por blanco a las injurias de los hombres; su faz al beso del traidor, su frente a las espinas, su cerviz al yugo, su corazón al hierro de la lanza.

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes, cuerdas, aceros, salivazos, mofas, en cada afrenta, padecer mil vidas y en solo un cáliz apurar mil muertes, perdonar y morir, clavado al leño, las entrañas abiertas y los brazos para mover, para estrechar al mundo, no eran bastantes a su Amor. ¡Tenía, pues era Dios, que superar al Hombre!

Padecer y morir por quien se ama; dar honra y vida, desgarrarse el pecho para entregar el corazón, son rasgos propios del hombre cuando el hombre siente llamear el espíritu en su carne; mas hacer sempiterno el sacrificio, darse en perpetua Comunión de amores, no ya a la Humanidad, uno por uno a cada corazón, a cada boca, juntar su sangre con mi sangre, su alma con la mía, su cielo con mi tierra, nutrirme yo de la sustancia suya para vivir la vida de su Espíritu, misterio es que los ángeles entienden que sólo alcanzan a entrever los hombres cuando en las horas de profundo insomnio les abrasa la ardiente calentura del más allá, la sed de lo Infinito...

Que todo es poco a la ternura, al ansia del divino Amador: así le plugo dar su cuerpo y su sangre, dar su vida, su humanidad, su eternidad con ella, no una vez sola como puede el Hombre, sino en todos los tiempos y lugares, como le cumple a Dios, toda sangrando como en la Cruz, en inmortal convite, para todos los siglos y las gentes, plena de amor y de dolor, latiendo con misterioso pulso a cada instante, presente a todas horas en la augusta muchedumbre de templos y sagrarios, cálices, hostias, corazones, lenguas, almas, prendidas en el dulce fuego de esta Pasión universal, las almas que gritan «¡Siempre!» a los que dicen «¡Nunca!»

Venid, pues, a esta Cena los hambrientos, los sedientos de Amor, los que en la Noche tendéis los brazos, los abiertos brazos como Cristo en la Cruz; los que, en tinieblas, apeteceís el sol; los que, entre hierros, sentís en los presidios de la carne pujos de libertad; vidas tronchadas como tallos de flores, ojos dulces y tristes, hechos a mirar las cosas al través de las lágrimas; deseos puros, heroicos, entrañables; frentes coronadas de espinas; corazones enfermos de belleza y hermosura, de soledad y compasión: hermanos, comed, bebed; este es el pan y el Vino de la Inmortalidad y de la Gloria.

LA CONCIENCIA TEOLÓGICA DE LA RAZA

Si hay pueblos, si hay moradas, si hay altares privilegiados en la tierra, donde con más ardor, con más holgura y familiar costumbre le place aposentarse al Rey de Reyes, ¿cuál más noble, más ancho, más hermoso que este solar español, esta ciudad insigne, esas aulas gloriosas en que brotó a torrentes la soberana luz de la Teología, el áureo sol de aquella Escuela, que, con Francisco de Vitoria, con sus ilustres discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano, lumbreras de cátedras y concilios, bañó de nuevos resplandores todos los ámbitos de la patria, esclareciendo los más hondos problemas intelectuales, los preñados abismos del Misterio, las cumbres vertiginosas de lo Sobrenatural?

No conocí sede española, ni aun en las otras tierras de Castilla, donde palpita con tan recio pulso, al través de los siglos y los hombres, la conciencia teológica de la raza, como en la augusta metrópoli salmantina, donde con tal arraigo se manifieste la vocación de la estirpe, despreciadora de las cosas mortales, inclinada con vehemente ahinco a las eternas y absolutas; las armonías de la razón y de la fe; la entrañable pasión de la verdad; aquel fervor ontológico de nuestros mayores hecho lumbre en la mente del doctor Eximio; aquella devoción pujantísima, plena a la vez de ternura y de ardor intelectual, que desbordaba de las Universidades y los claustros, de los púlpitos y las aulas al aire libre de los campos, al coso alegre de la plaza pública, de la ciudad a la aldea, llevando tras sí a las muchedumbres con la pompa y el júbilo de las procesiones eucarísti-

cas, los autos sacramentales, las mil fiestas y regaladísimas prácticas de nuestros siglos de oro.

Tenía entonces nuestra fe la santa ingenuidad, el vigoroso candor de las edades evangélicas, la tierna sencillez, la majestad heroica de los siglos de hierro, bajo las elegancias de los clásicos; era una cosa robusta, orgánica, entrañable, sangre y espíritu en las venas y en las almas del vulgo y de los doctos, de los poetas, los artifices, para los cuales el dogma, lejos de parecer como fría, como imponente abstracción, latía a sus ojos, concreto y familiar, a la manera de las más sensibles realidades, plástico y vivo como el fruto de las más claras y luminosas intuiciones. Estaban los hombres habituados a lo inmortal y sublime sin mengua de su emoción y su grandeza, cual amorosos hijos en las rodillas del Padre omnipotente; era el milagro para ellos acción visible, incorporada al perpetuo fluir de las cosas presentes y naturales; era la vida, en suma, cuadro rotundo, consolador y prodigioso, en que el pincel retrata, con igual firmeza y valentía, lo profano y lo divino, escenas humanas y rompimientos de gloria; tal como el lienzo del cretense donde los caballeros toledanos que acompañan al conde de Orgaz ven desgarrarse el cielo sobre sus nobles y españolíssimas cabezas...

¿Dónde hallar más precioso relicario de nuestras puras tradiciones teológicas que este espléndido relicario salmantino, que esta ciudad lucentísima, templo al amor de Dios y a la fe de los hombres, ciudad custodia, monumento vivo cuyas robustas y elegantes piedras, labradas como por ángeles orífices, bruñidas por los soles de la edad de oro, tienen color y morbidez de carne, de la carne encendida por las eternas lumbres del espíritu? ¿Dónde hogar más ilustre ni blasón más alto a las glorias pretéritas de España ni a su ya abierto porvenir, que ese edificio venerable, de perenne y graciosa juventud, la Universidad insigne, en cuya purísima portada plateresca las armas de los Reyes Católicos, el águila imperial de Carlos V y la Sede Pontificia señalan las tres cumbres de nuestra historia: sus tres ideales señoríos: la cultura cristiana, la patria temporal, la patria eterna? ¿Dónde más claros espejos de nuestras virtudes intelectuales que las obras y las vidas de aquellos peregrinos doctores que infundieron su sangre nueva y generosa en los antiguos y robustos vasos de la Filosofía Escolástica, que hoy, merced a su esfuerzo, resurge y prevalece sobre los rotos alcázares de los más soberbios sistemas metafísicos?

Todo fué aquí yunque y horno de la Razón y de la Fe; todo, templo y sagrario de la Divina Majestad; nunca, desde aquel siglo XIII, lumbre y corona de siglos, desde los días del Doctor iluminado y el Doctor Angélico, se preocuparon los hombres con tan aguda lucidez, con tan heroico brío intelectual por el estudio de las verdades supremas —las únicas que al cabo nos importan—, por hundir sus mentes en los abismos insondables de Dios como en la edad y en la patria de aquellos héroes divinos, los Vitorias, los Suárez y los Canos, los Sotos, los Bañez, los Medinas, varones de muchas y poderosas almas, luz de concilios y de príncipes, terror de herejes y sofistas, glorias perennes y familiares al claustro de San Esteban o a las Escuelas Mayores de esta inmortal Atenas española. Ellos trazaron con su firme pulso, con su genial intuición las relaciones y los límites de ambas realidades; la naturaleza y el espíritu; ellos agotaron las fuentes del puro conocer, con una noble confianza en los derechos de la razón del hombre, sin endiosarla en mengua del sentido común y de la fe ni renegar de sus clarísimas virtudes; ellos pusieron en su punto las cuestiones más complejas y trascendenta-

les golpeando a la vez con sus martillos de oro a nominalistas y herejes, y luego de ahondar en los misterios de la esencia de Dios, corroborando almas y bríos con el pan de los ángeles, restablecieron el imperio de la enciclopedia filosófica y cristiana, dilatándola por los dominios de la crítica, la psicología, la ética y el derecho, la experimentación, los horizontes filológicos, hasta convertir la Teología en una acrópolis formidable, en una Summa del saber humano, en una ciencia universal que a no ser de Dios sería española y salmantina. Señores del pensamiento y la palabra, Maestros de luz y de armonía; aquellos varones florentísimos concertaron al modo de los artifices platerescos los ímpetus medievales con las nuevas orientaciones de la Edad moderna, vistiendo con airoas togas, con la elegancia y el primor de las letras humanas, grave austeridad de las divinas, reconciliando, en fin, conforme al genio cristiano y español castizo, lo natural y lo sobrenatural, el hombre y el mundo, la especulación y la acción, cuyo divorcio constituye la más honda tragedia espiritual de nuestro tiempo.

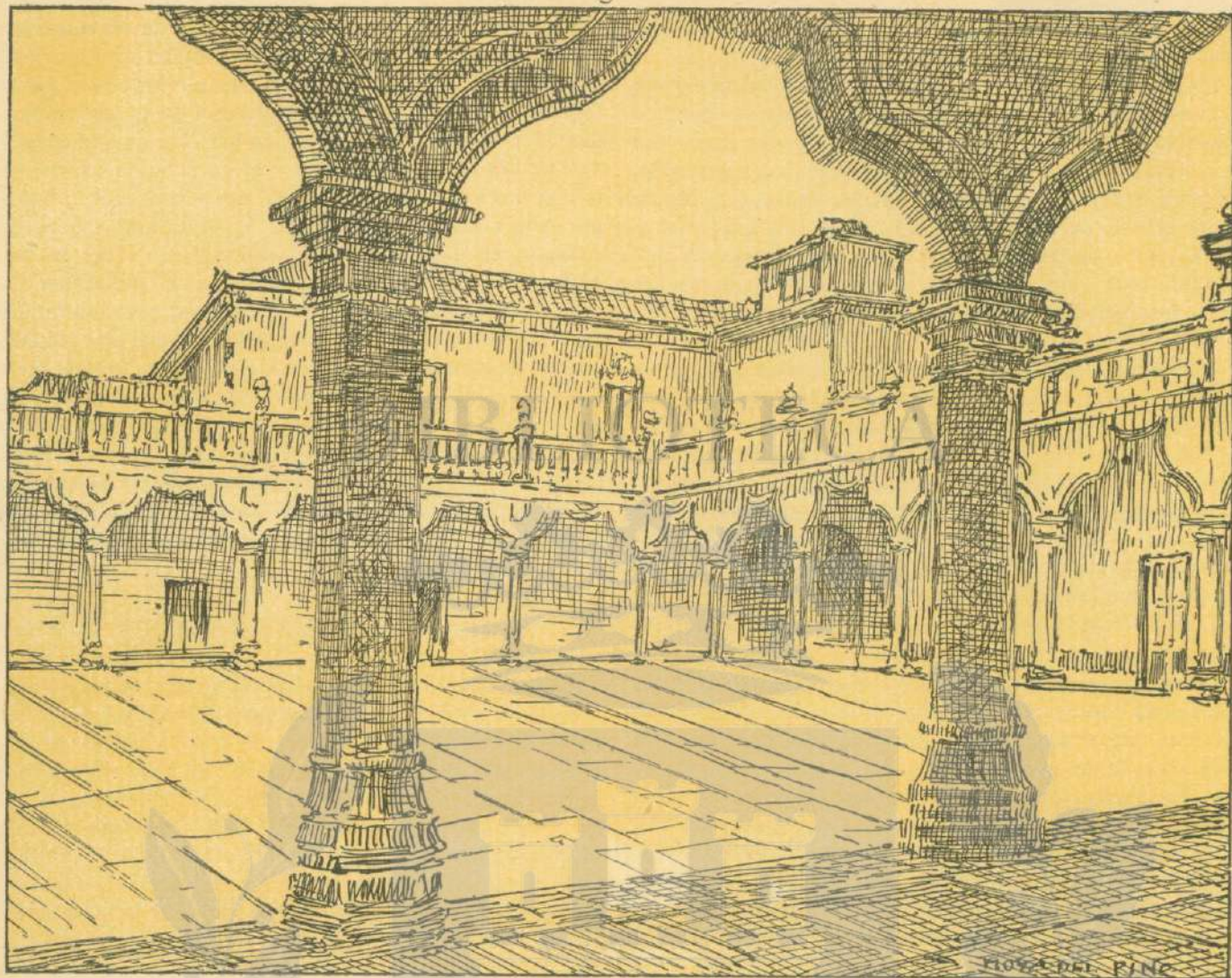
LA NATURALEZA Y EL ALMA

En las primeras edades el hombre se confunde con la naturaleza exterior. A los hombres flacos y a los pueblos niños les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia, tan grande y espacioso, tan bello y deleitable se les ofrece. Inclínanse con ardor a la naturaleza, la imitan y retratan; ceban los sentidos en sus lozanas y garridas formas, en los alegres y rutilantes colores, en los sonidos armoniosos; bastan a su placer las delicias de la carne; el sabroso manjar, el blando sueño; la risa de la luz y de las aguas... El placer de la acción, el libre desarrollo de las fuerzas elementales, la energía de vivir, colman el pensamiento y el deseo. Unidos con firme solidez el hombre y la tierra se conforman y estimulan a la par. El alma espiritualiza el medio, le atribuye un orden, una claridad, una ley provisionales; los impulsos conscientes se cuajan en representaciones plásticas, en vivas formas, en graciosos mitos. La verdad y la belleza se unen también: la hermosura, la novedad del mundo seducen al hombre, como la hermosura de la mujer, y atan su entendimiento al fresco goce de los sentidos...

Mas, poco a poco, la dulce, la ciega infancia, la trivial y dichosa juventud, llegan a punto de reflexiva madurez; del fondo de la vida humana surge un anhelo de independencia y libertad; el mundo interior se alza imperioso reclamando sus derechos; sobre los goces de la pura actividad se proyectan las sombras del destino, del dolor y la muerte; nacen así la reflexión aguda, el «por qué» angustioso, la metafísica, la moral; se abre la conciencia como un tajo sombrío, lleno de oscuros problemas, de formidables contradicciones. Cambia la visión del mundo, el aspecto de las cosas; la antigua vida infantil, encadenada al medio ambiente, se torna en grave y enérgica sazón, henchida de ansias nuevas, de altas preocupaciones y de inquietudes mentales.

Todavía, por algún tiempo, dura la paz entre la naturaleza y el alma, pero llega un instante en que el equilibrio se rompe, en que la vida interior y la exterior chocan y pugnan, en que el sujeto, libre y dueño de sí, consciente de su íntima superioridad, se yergue con aires de señor enfrente del objeto, el hombre y el mundo se oponen y se apartan como dos implacables enemigos.

A esta ruptura trágica, pero fatal, imprescindible, urgente, condición de la vida espiritual y del progreso, añadió el



orgullo de muchas inteligencias otras mil lúgubres discordias. El universo todo, el alma entera, vinieron a convertirse para el pensamiento disolvente en una muchedumbre de paradojas y de antítesis; y como el pensamiento no se aplaca ni detiene cuando le empuja una tendencia radical, llegó a los últimos trances de la negación y del absurdo. Una vez redimido de su infantil esclavitud, no le bastó vivir independiente: hízose Rey, juzgóse Dios, repudió las cosas sensibles como ilusiones y apariencias; acabó por renegar de sí mismo y aniquilarlo todo para volver al caos. ¿No es ésta en síntesis, la historia de la Filosofía, abandonada a las solas fuerzas del discurso?

Todas las ansias de unidad, todos los ensayos de concordia hubieron de estrellarse contra los muros de bronce, contra las férreas antítesis elevadas por la propia Razón, convertida al cabo en tirana del mundo, en dictadora de las otras facultades del espíritu. ¿Cómo reducir a unidad ante la sola razón, no ya divorciada de las cosas exteriores o sometida a ellas con ciega servidumbre, sino en disputa con las demás potencias del alma; cómo traer a vínculo racional y juicioso elementos que la razón opuso dentro y fuera de sí como contrarios e irreductibles, diferencias cada vez más adustas e inconciliables cuanto más conocidas y razonadas? ¿Cómo juntar en una síntesis superior, en una ciencia universal el hombre y el mundo, el pensamiento y la vida, las ideas y las cosas, la especulación y la práctica, sin caer de bruces entre las sombras de un idealismo fantaseador o en los cienos de un naturalismo brutal sin la inocencia ni la alegría de la pasada niñez? Hace ya muchos siglos que no pocos hombres, los que se jactan de

libres e independientes, se interrogan así padeciendo las entrañables torturas de esa tragedia espiritual, condenados a mirar siempre, con angustia desesperada, en las tinieblas de sí mismos, cómo se hacen pedazos entendimiento y corazón...

Ello era lógico y fatal en las terribles soledades de la Edad Antigua, cuando rotos los mármoles de las aras, derribados los dioses al ímpetu de las nuevas ideas trascendentes, no había aún amanecido en el mundo el sol de las verdades evangélicas; mas, desde el punto y hora de aquella mística Alborada, de aquella reveladora Epifanía, ofrecióse a los hombres, «ab aeterno», en la sagrada Humanidad de Cristo el sumo vínculo de unión; el lazo amoroso de todas las criaturas, la paz y el orden de todas las cosas, el raro secreto con que «reducir a unidad la muchedumbre de todas las diferencias». Ya desde entonces no hubo más razón que la soberbia y el desdén humanos para esa lucha dramática en las sombras, pues que en el fosco de ellas aparecía un reguero de luz, de luz inmortal, adonde embestir, con aletazos de pujante albedrío, las ansias del corazón, las ambiciones de la mente, todas las fuerzas, los apetitos, los insaciables deseos de las entrañas del alma. Porque en el Hombre-Dios se juntan y conciertan lo humano y lo divino, la Tierra y el Cielo, lo natural y lo sobrenatural, la ciencia y la hermosura, el amor y el bien, la voluntad y la razón, la idea eterna y la experiencia viva. El vino a ser, maravillosamente, la Comunión Suprema de lo ideal y lo real; el ideal supremo del espíritu —Dios— realizado históricamente, hecho hombre en la tierra, hecho naturaleza sensible y dolorosa en la Cruz, hecho carne y

sangre, perpetuamente, en el Santísimo Sacramento del Altar.

LA FILOSOFIA CRISTIANA

Por eso la filosofía cristiana es luz y es orden, paz y sosiego, unidad y armonía; por eso fuera de sus rutas se despedazan implacables, como hermanos que se aborrecen, el pensamiento y el corazón; por eso nuestra Patria, que es la nación católica por excelencia, tiene por rasgo principal de su carácter histórico el númen conciliador y sintético, el firme y sesudo convivir de la inteligencia y la voluntad, del contemplar y el querer, de las razones y las obras, tal como se manifiesta, singularmente, en los dos más altos luminares de su espíritu: la teología dogmática y la teología mística.

Pues si quisiéramos cifrar, como en modo heráldico, las virtudes intelectuales y morales de la estirpe, los rasgos íntimos de la tradición española, bastaría una sola palabra, que me place repetir muchas veces, una palabra fuerte y suave, transparente y serena, plástica y eufónica, dulce a los ojos y al oído, al entendimiento y al corazón: «armonía». Y esa palabra helénica, perteneciente ahora por derecho propio al genio español y cristiano, cincelada, bruñida y acicalada está, con primorosos y elegantísimos perfiles, con rubias luces y perdurables caracteres en el cielo y la tierra, en los palacios y los templos, en las escuelas y las glorias, en los paisajes y las almas, en el ayer y el hoy de esta ciudad de oro. Armonía: eso fué siempre vuestra rútila y próspera Salamanca. Armonía de la investigación y la fe, de la poesía y la ciencia, de la actividad y el reposo, de la pasión y la beatitud; orden, majestad y concierto de todas las facultades del espíritu sin mengua de la pujanza, diversidad y muchedumbre de las cosas. Armonía en los versos y en los diálogos de Fray Luis,

a cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Fácil ajuste, primoroso encaje, inesperada fusión de las culturas más opuestas, de los estilos más extraños, en las joyas del arte monumental, en esas dos catedrales —una sola, por espaciosa que fuere, no bastaría a un corazón como el vuestro—, en los muros de San Esteban que desafían a los siglos bajo la pesadumbre de su gloria; en las magníficas opulencias de la Universidad; en toda esa masa imponente de arquitectura religiosa y civil donde los temas góticos, bizantinos, árabes, griegos, romanos y platerescos se funden sin disonancia, como en una estupenda sinfonía, como raudal de notas en un acorde sonoro. Inefable amistad de todas las cosas en el ambiente, armonía de las piedras doradas con el aire y el sol y los colores de la tierra y del cielo; maravillas del ritmo; de proporción, de congruencia física y espiritual en los palacios de las Conchas y Monterrey, en esas torres y cresterías que plagiadas y contrahechas fuera de aquí pierden el hechizo de su personalidad inconfundible.

SALAMANCA, ESCUELA DE ARMONIA

Virtudes de unidad también, equilibrio robusto y armonioso, más claros y patentes todavía, en las Escuelas y los doctores salmantinos, en aquellos severos patriarcas de la erudición española, desde el instaurador de los estudios

filológicos, Antonio de Nebrija y el grande polígrafo Pedro Ciruelo, a los maestros de humanidad y elocuencia, el Pinciano y el Brocense, varones universales, dechados de lucidez, integridad y eutritmia, cuya insaciable curiosidad intelectual, cuya vocación multiforme, no bastaban a satisfacer las más opuestas disciplinas, las zonas más oscuras y vírgenes de la naturaleza y el espíritu. Así las ciencias matemáticas y astronómicas, la medicina, la música, las lenguas orientales, la filosofía del derecho, las artes de aplicación, alcanzaron aquí tan luminosa celsitud, bajo las lumbres que encendía el fervor teológico en aulas y monasterios, en los claustros y en los cármenes, en la vega mística del Tormes, en el huerto platónico de la Flecha...

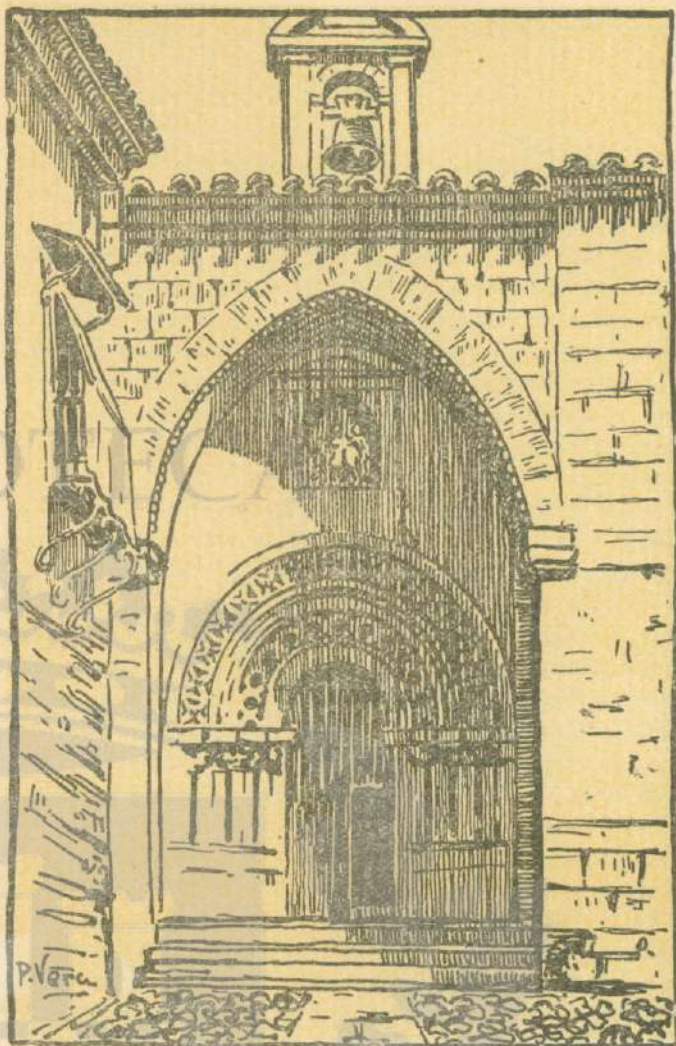
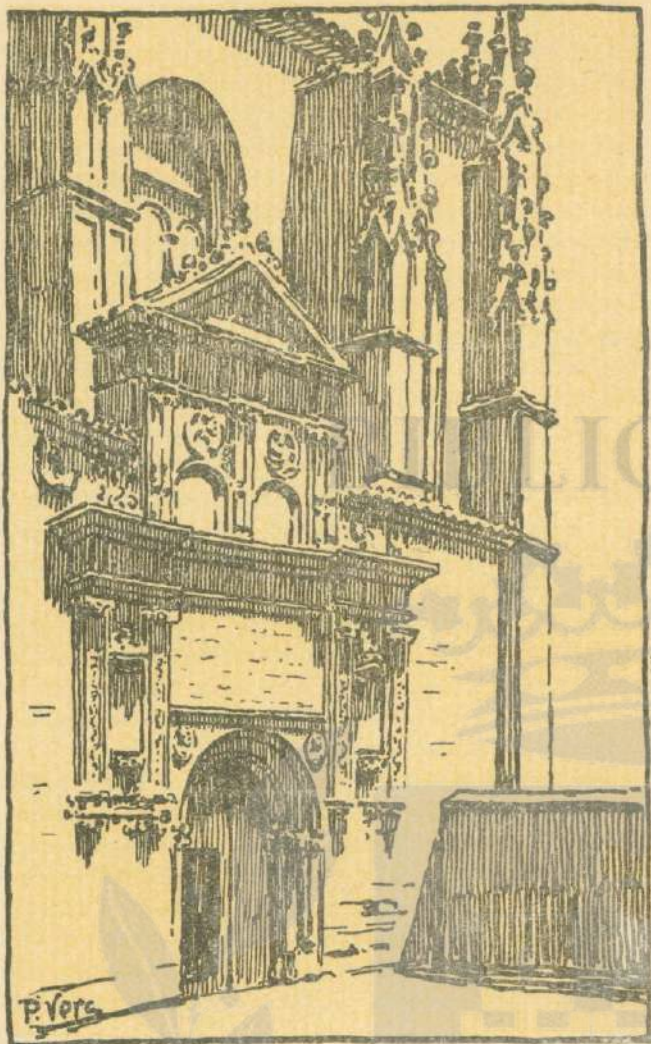
Armonía, en fin, la más alta y noble de todas, en las almas tensas y valientes de los Medinas y los Bañez, maestros y guías del más glorioso y concertado espíritu que hubo, tal vez en la tierra: nuestra Santa Patrona Teresa de Jesús. Consonancia admirable, entendimiento cordialísimo, en aquel otro varón, «Sócrates de la Teología», que, luego de arribar a las cumbres del puro conocer, descendía, inflamado de justicia y de amor hacia los hombres, a instituir la Ciencia del Derecho de gentes, a rehacer las bases de la Moral de los pueblos. Intuición prodigiosa de las supremas armonías entre lo divino y lo humano en el augusto «Cicerón» de las Escuelas, que, discurriendo en el Concilio tridentino, luz y honor de los doctores de Salamanca, sobre los misterios de la Eucaristía, excedió las alturas imponentes a que pueden llegar la razón y la fe, la ciencia y la elocuencia de los hombres, ya en la gloriosa vecindad de los ángeles...

¡Qué ejemplo el de aquellas águilas de antaño a la esclavitud y endebles de muchos varones de este siglo, los cuales, muy lejos de afrontar la vida en su eterna sazón y plenitud, en su armoniosa complejidad, desde la cima donde convergen todos los rayos luminosos de la naturaleza y del espíritu, luchan miserablemente al margen de su propio ser, extraños a su propia conciencia, vacíos de sí mismos entre el tumulto de las cosas exteriores, dejando cada día un jirón de su carne en las garras del tiempo y de la muerte, o se recluyen, ciegos y sordos a la fecunda realidad, en esas torres de marfil, en esos intelectualismos alambicados y estériles, cárceles de la voluntad, sepulturas del amor, aulas de orgullo, de pedantería y de tristeza!

¡Felices vosotros los que sabéis conservar la virtud de la armonía como rasgo señorial del espíritu; los que, leales a vuestra hermosa tradición, no queréis olvidar que la Universidad de Salamanca fué el templo común a la ciencia de Dios y de los hombres; los que sabéis unir a las virtudes intelectuales el brío de la voluntad y el suave calor del corazón, manifestándolo así públicamente en estos homenajes conmovedores al sol del divino Sacramento!

Mostrar quisisteis también otras virtudes más humildes: la modestia, al traerme aquí, en tal alta ocasión, delante de vosotros, y la paciencia para oír mis palabras. Sólo un firme y cristiano propósito de humildad, nunca más dulce ni oportuno que en las fiestas del Señor, pudo inducir a los doctos maestros salmantinos para traer a sus famosos claustros un pobre poeta, a duras penas bachiller y enteramente profano en las viejas y en las nuevas disciplinas de vuestra Universidad. Y aunque ello suene a paradoja, fué en mí también humildad venir, tan pobre y tan desnudo, a estos lugares suntuosos, donde mi voz se pierde, donde los recuerdos abruma, donde la pesadumbre de tanta riqueza y tanta gloria bastaría a hundir en el polvo de los siglos aún a quien fuese más audaz y robusto que yo.

Hallo, con todo, otra excusa de mi presencia aquí: el amor entrañable que profeso a estas vivas memorias de la



Patria, y singularmente, a sus tradiciones sacramentales que hoy resurgen con nueva lozanía en el solar español, consagrado no ha mucho por nuestro Rey católico al Corazón Eucarístico de Jesús.

UN RECONOCIMIENTO ESPIRITUAL

Cunden ahora, dentro y fuera de España, un fuerte renacimiento religioso, una profunda reacción espiritual. Se anuncia la aurora de los grandes siglos eucarísticos. La humanidad padece una sangrienta crisis; ha tiempo nos hallamos todos bajo el yugo de formidables contradicciones, desorientados en medio de radicales y hostiles divergencias. Por todas partes se siente la aguda necesidad de rehacer nuestra civilización y arrojar de sí cuanto hay en ella de falso, de contrahecho y podrido. Huyen las cobardes

negaciones; las gentes piden certidumbres, afirmaciones supremas, síntesis poderosas que aten y concierten los elementos de verdad dispersos y confusos. Tenemos ansia de orientación, de claridad, de armonía.

Las muchedumbres, aquellas que no han perdido el sentimiento de su humanidad, que es la base del sentimiento superior de lo divino, vuelven al pie de la Cruz, tornan a los caminos del Sagrario, allí donde están, perpetuamente, la verdad y el concierto de la vida, la paz y el orden de todas las cosas, el vínculo de unión de todas las criaturas, el Amor de los Amores, en fin,

que en sutil apariencia encarcelado
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed inmensa
de eternidad que enciende nuestras almas!

Cardenal Cisneros





RICARDO LEÓN, EL GRAN NOVELISTA, el genialísimo artífice que supo cincelar poemas de exquisitez soberana, el hombre humilde que atesora virtudes admirables, el maestro, el amigo, el hermano de cuantos luchamos en *VOLUNTAD*, ha conseguido recientemente en la histórica y evocadora Salamanca, uno de esos triunfos que sólo puede obtener quien sabe unir en tiernos desposorios la inteligencia y el corazón. *VOLUNTAD*, desdeñando vanos prejuicios, se considera obligada a hacer justicia a los méritos ilustres de su Director literario. Jamás pudimos hallarnos en un delicado apuro de más agradable dificultad. Pero no hay más remedio.

Salamanca, uno de los más nobles refugios del viejo espíritu español, se ha conmovido y ha vibrado con la prosa del alto novelista, con el arte sublime de su excelso cantor de un día... ¿Qué mucho, pues, que nosotros, pobres discípulos suyos, hermanos suyos en espíritu, le rindamos aquí, en su propia casa, el homenaje que se merece? Si nos cegase la admiración y si los vínculos del cariño y los lazos de la gratitud nos impidieran ser justos, menguada estaría la ética y la alteza de miras de la humanidad. Quien no tenga un afecto en este mundo que lance la primera piedra. Quien confunda el rumor de la justicia con el estruendo del ditirambo no puede ejercer aquí de magistrado que nos condene. Ya lo hemos dicho: somos, si se nos permite esa excesiva ambición, los más fervientes admiradores de este egregio maestro de las letras castellanas. Y en esta hora felicísima en que el famoso autor de «Casta de hidalgos» se acaba de encontrar en su glorioso camino con un triunfo resonante no podemos contener la voz de nuestra conciencia, no podemos obligarnos a silenciar, no ya el elogio que brota de nuestra pluma y que, aun siendo extenso y sentido, sería escaso y vulgar por lo efímero y ligero, sino algo más delicado, más íntimo y más valioso, algo que nos domina y conmueve porque es suyo y es nuestro, porque es la ofrenda de la alegría y el eco del entusiasmo y el placer del optimismo que ha despertado en nosotros el homenaje que Salamanca le ha rendido al Director literario de *VOLUNTAD*.

Hay quien afirma que la modestia humana es un mito y que la sencillez y la simplicidad de los grandes hombres sólo existe en el prólogo de sus brillantes disertaciones. Ricardo León no es así. El rico y el pobre, el grande y el pequeño, quien le conozca y le trate le hallará siempre lo mismo: siempre bueno y siempre humilde, noble amigo de todos, hermano de todos siempre. Ni busca elogios ni los quiere. Así se los merece mejor; y por eso hemos querido ahora pro-

digárselos. Su enojo se entibiará con la nobleza de la emoción que sentimos; emoción que se traduce en estas páginas improvisadas a última hora con la premura que exigen las circunstancias, con todo el cariño que nos inspira Ricardo León y —¿por qué no decirlo?— con la pena íntima y silenciosa que nos produce su delicada salud y el dolor que todavía está vivo y lacerante en su tierno corazón de niño por aquella desdicha inmensa que lloró desoladamente en el *Arroyo de los Galanes*... Días antes de su triunfo de ahora se cumplió el primer aniversario de la muerte de su madre, el gran cariño de su vida, la ilusión de sus trabajos, el consuelo de sus penas, la gracia de su alegría, el afán de sus triunfos, la bondad de sus quimeras, el deleite supremo de su gloria... Ricardo León estuvo esos días en Málaga, en la misma casita primorosa que se alza entre rosas y claveles, frente al mismo mar acariciador y tranquilo que tantas veces le inspiró en sus mocedades, bajo el mismo cielo milagroso por donde fué volando hacia Dios el alma pura y venerable de aquella santa viejecita... Allí, en el mismo lugar donde hace un año recogió en sus labios temblorosos el último beso de su madre, quiso ahora el poeta sentir con igual intensidad que entonces, con la mayor veneración y ternura, la incurable tristeza de su angustioso dolor... Y fué. Pero vino más enfermo, más triste, más desolado que antes... Y enfermo y triste y desolado, requerido cariñosamente y obligado por compromisos ineludibles, se puso en camino de la ciudad evocadora... Quisimos entonces adivinar los motivos de su tristeza y desolación; y evocando días muy tristes de nuestra dura existencia se nos quebró una pena en la garganta y subió luego hasta los ojos, deshecha y en lágrimas convertida, como el rocío en una flor... Humanamente pensando ¿qué vale ni qué supone la satisfacción más grande de la vida si no la compartimos con quien supo querernos y adorarnos?... ¿Qué importancia pueden tener los elogios más valiosos, los aplausos más fervientes, si no vemos la sonrisa y no sentimos el abrazo de la santa mujer que aguarda, temblorosa, nuestro ansiado regreso de la lucha?... ¿Se puede comparar con ningún placer del mundo el que supone llegar triunfante al bendecido regazo y satisfacer la ansiedad de nuestra madre, de la pobre madre viejecita, diciéndole entre beso y beso:

—Pues verás... Cuando llegué a Salamanca...

Con lágrimas ardorosas hemos pagado ya el delito de esa triste evocación que nos hunde demasiado en ciegas meditaciones... Nos queda el consuelo de que los grandes poetas hacen sus mejores versos cuando perdonan las más pequeñas ingenuidades... Sin po-

derlo remediar hemos olvidado el elogio alegre y entusiasta y nos hemos sumado a la gran amargura del poeta y hemos sentido con él, de pronto, esa pena desgarradora que parece que toma cuerpo y se agranda en el espíritu cuando hay alguna fiesta alrededor... Y más aún, si en ese estado de ánimo tiene uno la desgracia de que le ría la fortuna...

¡Si tuviera uno a quien contárselo...!

Más he aquí que el poeta vuelve de su viaje fortalecido y brioso, paladín de su propio abatimiento, triunfador de su misma desventura... Porque allí —poderoso milagro de la Fe— se evadió su espíritu del oscuro *presidio de la carne*; se elevó a la cumbre de la Gracia y, encendido en áureos resplandores, vió, entre mármoles augustos, el desfile de la historia y el solemne triunfo de la tradición de Castilla... Cantó su lira de oro la fragancia exquisita y milagrosa del divino *Amor de los Amores* y fué su música solemne la caricia suave que mitigó su dolor... Fiesta insigne y amorosa, rica fiesta del espíritu. El sol de Roma brilló ese día como nunca en los patios monacales y en las calles platerescas de la vieja Salamanca... La aristocracia y el pueblo, iguales ante la muerte y hermanos ante el *Pan y el Vino de la Inmortalidad y de la Gloria*, pusieron su alma desnuda

bajo el tierno y dulce poderío de Cristo Sacramentado... Prendió en todos el fuego de aquella santa epifanía; y en ese resurgir glorioso de la gran virtud de nuestra raza, rindió el poeta su tortura en holocausto de Dios y halló consuelo y lenitivo a sus tremantes dolores... Fiesta única y bendita, santa fiesta perdurable de Cristo Nuestro Señor: su aroma de virtudes sabias y de anheladas eternidades estremeció el corazón del pueblo en la doliente quietud beatífica de su perpetua esperanza... Y ese ha sido el *sursum corda* que en su triste y humano abatimiento necesitaba el poeta para seguir entonando en sus largas horas de amargura ese hermoso *pange lingua* prodigiosa ofrenda de sus llagas a la Gracia única y eterna del Redentor de los hombres.

Perdón, maestro. Disculpe usted nuestra fatal osadía. Con la pluma y con el lápiz hemos pretendido darle una agradable sorpresa y... acaso, acaso, le hayamos hecho llorar... Pero ¿cómo era posible que conociéndole tanto dijéramos otra cosa?... Discúlpennos y vea usted en lo que decimos el gran cariño que nos movió a rendirle en estas fervorosas líneas el homenaje de

VOLUNTAD



Advertencia.

El argumento de la presente tragedia se funda en un suceso heroico que, aunque velado con las tinieblas de los primeros siglos de la edad media, debe tener un origen real. Esta interesante leyenda se ha conservado por tradicion en algunas provincias de Dinamarca y el hero de la accion es celebrado ademas en un antiguo romance provincial, siendo tambien uno de los personajes del Orlando del estrueto.

Oger, Otger o Rotger el Danés vivia en tiempo de Carlomagno siendo uno de sus principales guerreros y cuñado del famoso Rolando uno de los tres pares: este Oger salto a Roma de un sitio de los Sarracenos arrancando de sus manos el oriflama sagrado de que ellos acababan de abroterarse. Hasta aqui el romance citado; la historia sin embargo no habla nada de que Roma estubiese en tiempo de Carlomagno ni aun amenazada por los sectarios de la entonces reciente religion de Mahoma. Creo que este Oger es el mismo Roger de que habla el estrueto; y que fue muerto en España por el gigante Ferragus.

Pero aun crece mas la inverosimilitud, faltandole mas visiblemente a la historia, en las tradiciones Danesas; pues refieren que en un sitio de Paris por los Sarracenos al mando de Agolant o segun otros de Brager salto a esta ciudad de sus sitiadores el Danés Oger quien dio muerte en combate singular al jefe enemigo sobre poco mas o menos con las circunstancias que se refieren en esta tragedia. Sabido es que los Sarracenos, ni aun en las fabulas de Furpin a quien se deben casi todas las tradiciones de aquella epoca, jamas llegaron a Paris no habiendo parado de las provincias meridionales de Francia.

Con todos estos datos formo el conocido Francesco Sotave una no-

belita moral que tituló *Ogiero il Danese* en que resaltan la gracia, facilidad y elegante elección que caracterizan a aquel escritor.

Al tratar yo de poner en acción dramática este suceso he creído que podía y debía variar la época, colocándola en el reinado de Lutón sobre el año de 890; y he aquí las razones que me movieron a ello:

1.^a Sería risible e inverosímil en sumo grado situar en una época tan conocida como la del emperador Carlomagno que París había estado sitiado nada menos que por los *Sarracenos*.

2.^a La época del rey Lutón ofrece las ventajas de que en su tiempo se estuvo sitiado París tres veces por los normandos: los sitios primero y segundo son referidos por varios historiadores y en particular el primero sobre el cual compuso un poeta contemporáneo de París (*Abbon*) un poema en latín que figura entre las crónicas de Francia; pero del tercer sitio no se conocen mas circunstancias que la de que habiéndose reunido un ejército numeroso de normandos, en torno de las murallas se terminó el asedio por un combate singular verificado dentro de la ciudad. Todo esto se acomodaba perfectamente con nuestra acción y difícilmente podría encontrarse una ocasión mejor que esta para acomodar a la historia los sucesos de la fábula.

3.^a La feliz coincidencia de existir en tiempo de Lutón un personaje llamado Rodulfo duque de Borgonia y rey de Sicilia, caballero generoso noble y aguerrido, hizo que se pudiesen atribuir sin violencia a su carácter las prendas que se atribuyen a *Ogiero el Danes*. Este Rodulfo era sobrino de Lutón y en un principio disputó a su tío el trono de Francia; pero bien pronto cedió generosamente sus derechos sosteniendo los del noble Lutón contra otros sus pretendientes que eran Arnoul emperador de Alemania, Berangerio duque de Frioul, Guy duque de Espoleto, Carlos hijo de Luis el Barbaudo, el conde Herbert y otro cuyo nombre no trasmite la historia.

4.^a Debía disculparme además el ejemplo de muy respetables autores. Sin hablar de los monstruosos anacronismos que comete sin el menor escrúpulo *Shakspeare*, sin citar alguno que otro que se

obierta en el castizo, en el puro, en el elegante Racine como cuando en
Efigenia introduce el personaje femenino Grifile, quiero concretarme á
nuestro Cienfuegos que en la contesa de Castilla supone al famoso
Alhajib Almanzor amante de la condesa dona Ruxha y matador del
conde don Garcia, cuando precisamente dicho conde don Garcia fué quien
en la batalla de Calatañazor, en union con los reyes de Leon don
Alfonso el grande y de Navarra don Garcia Sanchez el tremulo,
quité la vida al musulman Almanzor.

5.^a y última. La oscuridad de los sucesos del tercer sitio de Paris me
permite explayar extraordinariamente mis ideas y ampliar los de-
talles, acomodando ademas á la accion el episodio de la salida de
Ludon que refiere Biquerio en la escena 1.^a del 1.^o acto; pues verda-
deramente esta salida la hizo en el primer sitio, siendo el que llaman
Mont-Taucon el campo de batalla. La substitution de los norman-
dos á los Arabes me proporcionó el pintar con alguna novedad sus
costumbres guerreras y religiosas á la vez y presentar en color social
(siguiendo así) á los terribles habitantes del norte; mientras que por
el contrario las costumbres árabes no podian ofrecer novedad ni inte-
res habiendo estado tanto tiempo casi confundidas con las nuestras.
Los caracteres de Ragenfrido y de Rixfrido los he concebido leyendo
las elocuentes páginas de Mézeray y Daniel en que pintan tan
al vivo las costumbres de estos pueblos que se trasladaba la acalorada
imaginacion á los tiempos remotos de sus invasiones, y crece una asis-
tir horrorizada á aquellos espectáculos de destrucción y de exterminio,
de que por solo el placer de verlos parecian animados aquellos som-
brios guerreros.

Debo hablar ahora de la disposicion particular de esta trage-
dia, prebiniendo al mismo tiempo los defectos que inherentes á la
misma accion no he podido evitar. Abierto al mismo tiempo
que habiendo rebisado esta composicion un célebre individuo de la
Academia Española y crítico de los mas autorizados por cuyas ma-
nos pasan casi todas las producciones literarias antes de salir á luz,

y que casi dedicado exclusivamente a este penosísimo trabajo, declara franca, espontáneamente y con toda libertad lo que vale algo y lo que es malo; digo que habiendo leído esta obra dicho crítico altamente todo lo que el tubo a bien designarme. Debo exceptuar sin embargo un defecto capital que no tube fuerzas ni talento para corregir: hablo de la falta absoluta de mujeres en la acción. Yo soy en efecto el primero en confesar que es un gran defecto; pero también convendrán todos conmigo en que tal como está la acción es imposible y hasta ridículo introducir personajes de este género, a no ser que entren como interlocutores perezosos sin grande trabazón con la intriga y que los aclararía por tanto el buen gusto del espectador como innecesarios y sobrañes. Solo mismo lo reconoció el crítico citando declarando ingenuamente que era un defecto innato a la acción.

Algunos me ha propuesto que introdujera la madre del niño Baldvino, con tanta más razón cuanto que el argumento de la tragedia tiene alguna semejanza con el del excelente drama del Sr. Hil y Karate Lurman, el Bueno en donde entran la madre y el padre del joven Lurman. Pero la acción del drama sencilla se por sí permite por lo mismo la introducción de aquel personaje femenino; mientras que en la tragedia teniendo que tomar dicho personaje una parte demasiado grande llamaría poderosamente la atención, engendraria muchas escenas, peripetias repetidas y episodios largos, se opondría a la marcha natural y fácil del argumento y seria un obstáculo extraordinario para el pronto y feliz desenlace; pudiendo decirse que la madre de Baldvino atemas de aumentar prodigiosamente el número se veria originaria por sí sola una nueva tragedia, una acción a parte que impediria a los demas personajes de caracter guerrero producirse como debieran.

También se me indicó introducir una querida de Arnoldo. Presumiendo de que Arnoldo es un joven de quince años,

puesto que ya Racine nos ha dado el ejemplo de un amor en tan tierna edad en su *Britannicus*; pero ¿que significarian estos amores tan aislados, tan epiródicos? ¿y que papel se quería hacer a la querida de Arnolfo, cuando ni el marido ni el asesino no nacia en fin debia producirse por su causa?

Elle he estudiado un poco en estas consideraciones para justificar la falta de personajes del sexo femenino. Creo por lo demás que una excepcion aislada en un punto en que tan poco se ha faltado debe atenuar en cierto modo esta imperfeccion: una de las tragedias de Racine incurre tambien contra este principio y era tambien porque la accion no podia menos de saltar a él.

Muchos he hablado sobre lo inverosímil que son los monólogos; pero por mucho que lo sean debe considerarse que en ciertas ocasiones es imposible evitarlos. ¿Como un personaje al cometer una accion criminal para la cual se comprometeria un confidente; como, digo, prepara el animo del publico para su muerte? ¿por gesto, pantomimico por ventura? Esto me lo hace ver sobre todo el monólogo de Prodonildo en la 1.^a escena del acto 2.^o: este monólogo no lo tenia la tragedia cuando la recibio el citado crítico; y fue por su consejo por el que, para motivar fundadamente el odio de Prodonildo hacia Rodulfo que antes no estaba mas que ligeramentete indicado, me vi obligado a componerlo. Para monólogo parecerá algo largo; pero debe hacerse un cargo de que en esta relacion tiene que contar Prodonildo toda una historia, sus medios de venganza sus deseos etc. y sin embargo es imposible ponerlo en mas corto espacio. Victor Hugo en el *Hernani* introduce un monólogo escabidamente largo de Carlos 5.^o y sin mas que porque iba a ser nombrado emperador.

El monólogo en que Rodulfo encuentra a su hijo

muerto es aun mas largo que el anterior; la oracion sin embargo me parece solemne para ello. Algunos creen que el dolor se manifiesta solo por palabras entrecortadas, por sollozos, por ayos, por suspiros; pero no hay tal: el dolor analiza, discute como tra dicho en sus lecciones de historia de la literatura el Sr. Alcalá Galiano; el dolor discute en efecto y mas si pertenece á almas fuertes, energicas, heroicas: en los corazones débiles el dolor causa el abatimiento y se expresa á lo mas por afecciones en el rostro; pero en los corazones grandes cuando se exaltan sus mayores pasiones el dolor es la causa natural de las mas elocuentes expresiones, de los discursos mas sublimes. Pues apesar de todo, y por muy largo que pareciera el monólogo á que me refiero, debo decir que muy á mi pesar he suprimido en él cerca de cuarenta versos, que creia de grande efecto dramático, solo con objeto de aligerar la relación.

Tambien he suprimido uno, treinta y cuatro versos, en la relación de Chiquierio cuando da cuenta en el primer acto de la salida de Hudson: aun así se me ha dicho que está larga cuando en toda clase de composiciones dramáticas la exposición suele ser de grandes dimensiones. He procurado sin embargo que el estilo de dha. exposición fuere algo lirico para que la parte descriptiva haga que se oiga sin fatiga hasta el fin.

Podria me falta hablar de la escena del 4.º acto entre Hudson, Arnoldo, Gautier, y Rodulfo, la de mayores dimensiones de toda la composicion. En esta escena hay tres ó mas bien cuatro intereses diferentes; pero uno de ellos (el de Arnoldo) se refiere con el silencio; rasgo trágico que he tomado del teatro de Eschilo, en el que el silencio absoluto de un personaje que sufre extraordinariamente es de un efecto maravilloso. En cuanto á los otros tres, Hudson refiere la conservacion de ruiseño,

Modulfo atento únicamente á su venganza se olvida de todo lo demás, y Gaudier el único que aboga por la salvación de la ciudad reflexiona su causa con todo el ardor de un ministro del altar: es necesario por tanto que cada uno exponga con la conveniente extensión sus pensamientos y de aquí resulta lo largo de esta escena.

No ha faltado quien haya dicho que eran demasiado cinco actos para una tragedia. *Quatrième manifestation!* Recordarse los teatros trágicos de Grecia, los poetas que ha producido Roma de los Cesares y sobre todo los franceses modernos de Corneille, Racine y Crébillon y se verá que en su mayor parte todas las tragedias tienen cinco actos de 300, 400 ó 500 versos cada uno. A esto se dice que ha variado completamente el gusto del público, que prefiere generalmente las composiciones cortas á las largas. ¿Puede ser esto en un tiempo en que se representan dramas tan monstruosos como los tres *Morquetons* de A. Dumas en el que el que entra se iba á ver el drama sale después del espectáculo con cañas y apoyado en un báculo, según una graciosa caricatura que obtuvo gran boga en París. Por lo demás es muy fácil de remediar este aparente defecto; pues siendo los actos de esta tragedia bastante cortos pueden en la representación reducirse como á menudo á cuatro y aun sin violencia á tres, uniendo en uno los dos primeros actos y en otro los dos que siguen. Así aún no quedarían tan largos como los de algunos dramas que se representan diariamente; pues teniendo toda la tragedia sobre unos dos mil versos saldrían por término medio sescuenta y seis para cada acto de los tres en que quedase dividida: drama he visto en cuatro actos de los que obtuvieron mas boga unos versos que entretube en cantar, y quedé asombrado al encontrar algún acto con ochocientos versos que reducidos

a endecasilabos siempre vendrian á salir á poco menos de setecientos: es decir, cerca de tres mil todo el drama.

No concluí sin mostrar mi mas sincero reconocimiento al respetable crítico á cuya alta ilustracion debo el haber triunfado esta tragedia de una multitud de humares que la afeaban.

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

Rodulfo

Tragedia original en cinco actos.

BIBLIOTECA
Personages y caracteres.

Eudon rey de Paris en el año de 837 á 870.

Arnoldo hijo de Eudon: se distingue por su carácter celoso con respecto al funtor; quince años.

Rodulfo duque de Borgña y rey de la Suiza francesa. Es el mas esclarecido guerrero de su tiempo; franco generoso y con todas las virtudes de un héroe.

Baldvino hijo del anterior; joven de trece años, hermoso, encantador y con todas las prendas de su padre.

Santier anciano, obispo de Sens y consejero de Eudon sobre quien tiene el predominio que le dan sus años, su carácter y sus virtudes: hábil político, piadoso ministro del altar, de persuasiva elocuencia y dulces maneras.

Egilberto jefe de las tropas que defienden á Paris.

Riquerio confidente de Eudon.

Brodonildo cortesano y confidente de Arnaldo: astucioso, de dulce trato pero de perversas intenciones.

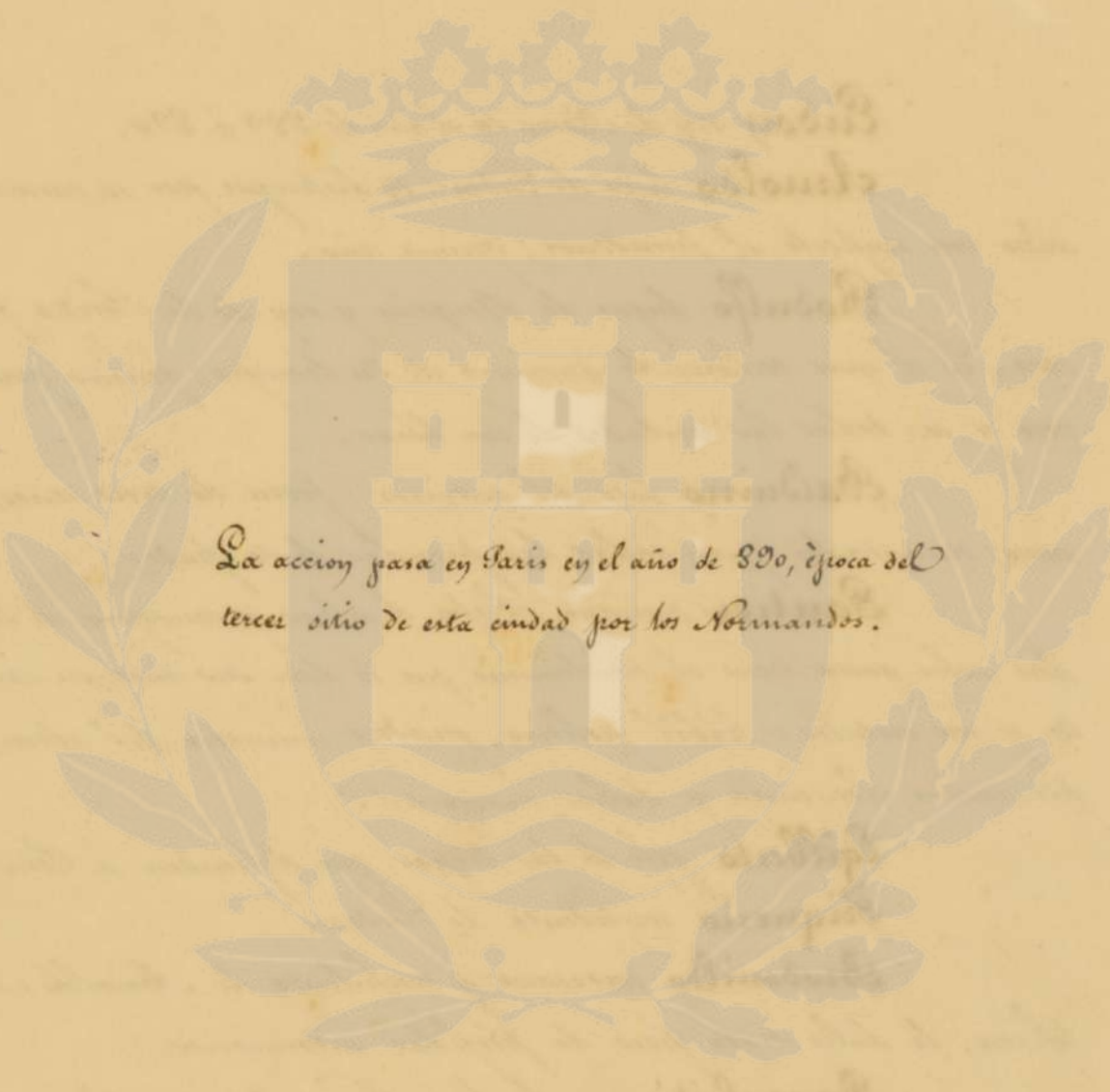
Ragenfrido rey de los Normandos que sitian á Paris; adusto y de salvajes maneras; desprecio absoluto de las leyes del centro y medio día de Europa: confiado en sus fuerzas tiene la espada por única ley y mérito. Es alto, corpulento, fornido, insolente y brutal en todo: en su furor llega al extremo de una fiera.

Risfredo embajador normando, insultante y brutal;

se cree como todos los de su nacion superior á los demas.

*Gefes franceses y normandos, soldados de las dos naciones, acompañamien-
to de cortesanos etc.*

BIBLIOTECA



*La accion pasa en Paris en el año de 890, época del
tercer sitio de esta ciudad por los Normandos.*

Cardenal Cisneros

Acto 1.^o

Escena primera.

Riquerio, Egilberto, Brodomildo.

Salon en el palacio real. Dos puertas; una de entrada general y otra para las habitaciones del rey. Riquerio sale de estas y se dirige á los otros dos interlocutores que lo esperaban.

Riquerio. *Aun duerme el rey. Desde el terrible día fatal para Paris en que el Normando tiene nuestra ciudad circumbalada con intento feraz, no ha disfrutado Ludon de un sueño mas tranquilo y dulce. Ya pues que dando treguas al ingrato desbelo que su espíritu destraza logra esplayar sus miembros fatigados, desémosle gozar, nobles Sueños, de este don celestial que tan abarc con él se muestra. De un dichoso ensueño en este instante gema extasiado las delicias sin fin y entre ilusiones de gratitud su pecho palpitando llama con efusion al caballero cuyo valor sin par y heróico braco hizo que Francia toda hoy no vertiese lagrimas por su rey; sin el amargo consuelo ni aun tener de derramarlas sobre los restos de su cuerpo helado.*

Egilberto. *Oyullos Paris hoy reconoce*

TESTAMENTARIA
DE
D. JOSE M.^a VICARIO

Cardenal Cisneros

en el valiente Luiton a Carlo Magno :
tras la lucha fatal que ayer lo puso
al borde del sepulcro, los soldados
se vieron hoy serenos imperturbables
nada abatido al pueblo consolando
y obediéndole así con ansia extrema
las lágrimas secar de sus vaallos.

No de otro modo en medio á la borrasca
sin soltar del timon la diestra mano
fia a su impravidez el buen piloto
la salvacion de la azotada nao.

May corre por Paris de boca en boca
el suceso asombroso que ha salvado
la vida ayer al rey. De mil maneras
se cuenta; al par que corre va aumentando
y no falta en Paris quien el suceso
credulo tenga ya por un milagro.
Vos, o' noble Biquerio, que al combate
con orgullo partisteis á su lado,
vos que debéis saber lo sucedido
en la funesta lucha que hoy moramos
descifrad el misterio de este enigma
con la verdad que reyna en nuestros labios;
que sabiendo por fin que en esta empresa
un celestial agente no ha mediado
con superior rason admiraremos
cuan alto raya cuando quiere un brabo.

Biquerio. Cuando la fresca aurora un bello dia
nos anunciaba ayer, cuando los cantos
matutinos se oian que fervientes

al cielo dirigian consternados
los fieles de Paris, el rey de Francia
sin reposar aun, solo y soñando
con la salud del pueblo, se levanta
y al cuerpo de aguerridos veteranos
manda por un que se disponga al punto
para atacar del enemigo el campamento.
Fúerzase el proyecto meditaba
de caer de improviso, cupada en mano
de noche y con furor sobre la tienda
del insolente rey de los Normandos,
del feroz Eragmido que prolonga
obstinado y tenaz el cerco tanto.
Llega la noche; oscura, pluviosa,
silbando helado viento. El subterráneo
que va desde Paris a la campaña
con silencio imponente atravesamos.
Venos por fin en la feliz ribera
frente a la fresca sombra de los álamos
el delicado aroma de las flores
con placer en un tiempo respiramos.
Mas ¡ay! ¡cuán diferente! de la muerte
brillando solo el hueco aparato
vimos desolacion por todas partes,
de sangre coagulada horribles lagos,
girones de banderas en las ramas
y de las tumbas el silencio helado
que solo interrumpian los aturridos
de mil perros hambrientos que apiñados
en el festín horrible se cebaban.

Brillaban á lo lejos vacilando
hogueras mil y el viento nos traía
las torpes carcajadas y los cantos
con que el festín nocturno celebraban
insultando á París nuestros contrarios.
Atados de horror, cegados por la rabia,
venganza en nuestros pechos respirando
en una selva silenciosa, nimbria,
con esperanza en Dios nos internamos.
Mas ¡ah! de la fortuna caprichosa
¿quién la sueda en el mundo ha sugetad?
¡Noche fatal! ¡oscuridad terrible!
¡sorpresa de dolor! cual en verano
sobre la mies dorada precipita
montes el cielo de granizo helado,
así la selva disparó mil hordas,
mil nubes apinadas de Normandos
que entre grito infernal blandiendo el sable
sobre las filas ¡ay! de nuestros bravos
cayeron de improviso. En este instante
esta escena alumbró con tibios rayos
el astro de la noche; ¡O dios inmenso!
¡qué horrible mortandad! ¡cuál chorreando
sangre el genio feroz de los combates
los pechos inflamaba de los bárbaros
y encarnizados ellos encontraban
un horrible plaisir en el estrago!
A la trémula luz al choque horrendo
de las sonantes cotas y los cascos
al mortífero son de los clarines

al inmenso bullir de tantos brazos
que entre un mar de cabezas revolvan
picas y flechas, y boudas y caballos
yo vi que contra cien se defendia
cada Francés: mas ¡ay! esfuerzos vanos;
la multitud triunfaba y el rey mismo
despues de ver por tierra los soldados
que fieles su persona defendian
por la turba feroz viose cercado.

Temble por él; que protector empero
en el cielo me oyo: de los contrarios
el pavor de improviso se apodera,
arrojan los broqueles y aterrados
huyen de un enemigo formidable
que ataca sus espaldas y sus flancos.

Unde el desorden, crece la matanza
y filas y cuadrones arrollando
se aparece a mi vista un caballero
tapante acero rebolviendo airado
cual entre las legiones del Asirio
el ángel de Israel. Fuerte y bizarro
rompe, penetra, gira, desbarata,
y en brioso corcel recorre el campo;
y como el aguilon que impetuoso
barre delebres hojas en el llano

las sabanas inmensas, invencible
las hordas dispersó de los Normandos.

De gratitud henchido, sin palabras
sin voz para admirar valor tan alto
estrecha el rey con inefable gozo

al bravo campeón entre sus brazos
y de altas perlas un collar brillante
sobre el cuello del heroce colgando:

— Como señal gloriosa, Ludon le dice,
„esta prenda te doy; no es en un campo
„con la sangre regado de mis hijos
„donde te debo hablar. A mi palacio
„marcha sin dilacion, y allí tan solo
„cual corresponde á un rey, á un soberano,
„verás mi gratitud y la alta idea
„que tengo del valor con que tu brazo
„á Francia hoy dió su rey, á Ludon la vida,
„y una lección terrible á los Normandos.”

Dijo y se separaron y afligidos
el lóbrego camino reparamos;
mas, ay! ¿cómo tan pocos y tan tristes,
y antes tan numerosos y animados?
Todo lo he dicho ya; pero vosotros
que del pueblo sabreis los dichos varios
decidme: ¿por ventura se sospecha
de esta aventura al heroce?

Brodonilho.

Yo obligado
á acompañar al príncipe heredero
de vos he oído el misterioso caso
por la primera vez; nada sabía.

„Mas vos, bravo Gilberto, á cuyo cargo
encomendo París nuestra defensa,
vos que correis los puentes sin descanso
tan atento al socorro de los míseros
como el rey en el servicio exacto,

debeis haber oido de las tropas
los diferentes dichos, que el soldado
con su rubeca á veces adivina
lo que la perspicacia busca en vano
del hábil general. Tambien obserbo
y miro qual suceso extraordinario
vuestra presencia aqui; miro á Egilberto
qual fuera de su centro en el palacio;
y si pisa el umbral del regio allazar
el general sebero que el regalo
decenta de la corte y los solaces
un gran motivo aqui quia sus pasos.

Egilberto. Si aquestas galerias no frecuento
como esor despreciables cortesanas,
que fuera de ellas respirar no saben,
es que á Egilberto le ha tocado en cambio
un puesto mas glorioso en la muralla
que defender sin treguas ha jurado.
No os engañais, empero; interesantes
noticias traigo al rey. Un coronado
santillo que esperaba por momento
acaba de llegar con sus vasallos.
El inclito Rodulfo....

Brodonildo. (Aparte.) ¡O dios! ¿qué vencho!
(Alto.) ¿El duque de Borgoña? ¿el temerario
que al ~~cor~~ magnánimo Ludon osó rebelde
el trono disputar?

Egilberto. Mal informado
sin duda estais: jamas toró Rodulfo
con el solio de Ludon, si bien esarto

digno del trono universal del mundo;
ni ¿cómo un caballero tan gallardo,
tan noble, tan feliz cual vil rebelde
se quisiera infamar? No hace dos años,
bien lo sabéis, que el generoso duque
(al trono sus derechos renunciando)
conquistó para Eudon en Aquitania
un cetro por seis reyes disputado;
y al presente ¿ignoráis que es la columna
en que descansa el edificio patrio?
Pregosíaos, pues: de parte suya
vengo lleno de júbilo a anunciarlo.

Escena 2.^a

Los mismos: Arnolfo.

Arnolfo. (a Biquerio.) Desde que ayer a este salón la entrada
mi padre me negó turbio ciudados
me alarman sin cesar. ¿En este instante
verlo podré por fin? ¿Se muestra ingrato
hasta tal punto el Rey que a su hijo Arnolfo
niega el placer de verlo y de abrazarlo?

Biquerio. Nuestro padre aún descansa y sus heridas,
de gravedad no son. El sobresalto
que os hubiera causado su presencia
viendo su cuerpo y rostro ensangrentado,
hizo que Eudon con paternal intento
pusiere a vuestro afán aqueite obstáculo.
Por lo demás, al príncipe heredero

libre cuando le plazca está ya el paso.
Arnolfo. Entremos pues.

Escena 3.^a

Egilberto; Brodonildo.

Brodonildo.

Al veros tan celoso
admirador del duque, á vos que osacáis
lo que deis hacéis, el firme apoyo
envidio al Borgonon de vuestro brazo.
Soyos cupiero amigos y un consejo
por solo vuestro bien tengo que daros.
Vivid alerta; el duque de Borgonia,
tan noble cual le veis, encarnizado
tiene mil enemigos que en secreto
contra su vida atentan. Si este infame
crimen llega á estallar, noble Egilberto,
del peligro con tiempo retiraos;
porque el volcan que en su explosión vomita
laba encendida sobre el fértil llano
nada perdona y con furor arrasa
cuanto se opone á su funesto paso.

Egilberto. Hasta lo que deis para que amigos
arrietre yo mil muertes por salvarlo.
Mucho en verdad sabéis, y por dios vivo
que ese lenguaje en un Francés extraño.
Brodonildo; lo entendéis? el bravo duque
en muy fuerte corazon el mando
retenta la virtud, por enemigo

Reconoce tan solo al temerario
que lo es de su nación y de sus leyes.
Y vos, ó Rodonildo, á esos malbados
cuyas tramas sabéis decid al punto
que cuentan á Egilberto por contrario.
Y si cobardes por no osar de frente
quieren herir sus cuerpos ocultando
sepan también y tiemblen al oírlo
que al reptil venenoso que su dardo
claba traidor entre la yerba oculto
con el pie se le aplasta. ¡Ay! del que incauto
cree su furor que si ninguno
su generosidad mendiga en vano,
también ninguno su furor temible
segunda vez irrita.

Rodonildo.

Acostumbrado
de los combates al ardor y estruendo,
armado siempre y reluciente casco
vuestra frente cubriendo, en todos ciega
de la azarosa guerra el entusiasmo.
Cálmese vuestro ardor y á sangre fría
considerad vuestro terrible engaño.
No es en el pueblo, no, donde se ceban
odios contra Rodulfo; encadenados
en mas altas regiones hoy se ocultan
la venganza, el rencor: y este palacio
hierbe, fermenta en enemigos fieros
que ven en en duque á Francia extraño
un objeto de horror, que beberían
toda su sangre y no quedaran hartos

hasta feroces no apurar con ansia
su última gota; ¿qué funesto encanto
o haie pues de un hombre aborrecido
admirador tenaz? ¿de trices pasos
las consecuencias no teméis? ¿Las iras
arrobais de la corte y temerario
a la muerte os laurais?

Egilberto.

La desafío
por auxiliar a un heroe. Os he escuchado
con paciencia pasmosa y afe mia
que debierais temblar en otro caso.
Mas cuando de Rodulfo considero
el mérito immortal y su alto rango
ya no me admiro, no, de que se abriguen
celos merquinos, rencorosos pactos
bajo estas altas bóvedas; y entiendo
que de los viles, perfidos, malbados
que su mérito envidian, por vos mismo
debo emperar el criminal catálogo.

Brodonildo. ¿No? ¿qué decís? ¿vuestra imprudente lengua
se atreve a sortener...?

Egilberto.

Lo que tus labios
a tu pesar han descubierto. Infame
sea quien hable mal, traidor e incauto,
del que en Borgona impera. Nien creyera
haber de él recibido algun agravio
venga a Egilberto y ante el mundo todo
de responder se encargará mi brazo.
Se acerca empero el rey: sed generoso
y dadlo todo ya por olvidado.

Escena 4.^a

Eudon, Arnolfo, Riquerio. Egilberto, Brodonildo.

Egilberto. Demos, gran rey, al poderoso gracias
que hoy nos protege un visible mano;
demos al cielo gracias y muy pronto
con la sangre de idólatras malvados
podremos fecundar la tierra misera
que yerma y assolada hoy contemplamos.
En vuestro pecho la esperanza amiga
renazca sin temor: fiel emisario
vengo a anunciar que París ya encierra
dentro sus muros al caudillo bravo
que arrancara del infamante yugo
a la nación gloriosa de los Francos.

Eudon. ¿Pue me anuncia Egilberto?; dicha inmensa!
¿del turbulento Tena el cauce rápido
pudo pasar?; Abrazare a Rodulfo
a quien debo dos veces mi alto cargo?
dos veces, si; que el corazon me anuncia,
y la razon, y la amistad y el trato
de los valientes que su diestra solo
pudo presante ayer del fiero bando
victoriosa triunfar. ¿Mi fiel amigo?
¿salvador de mi Arnolfo en un asalto
en que postrado en tierra y moribundo
de una lanza enemiga y de mil dardos
el rudo choque rechazó invencible
con su escudo y su cuerpo resguardándolo?;

Llega y aguarda ; y qué? ¿veloz no vuela
aque le estreche en mis amantes brazos?

Egilberto. No le culpeis, Señor; tan solo espera,
cual lo exige el deber, vuestro mandato
para venir el solitohueneage
que se os debe a rendiros e inflamado
en sacro amor de Dios y de la patria
velar despues cual centellante rayo
a exterminar las hordas que vomita
en negras tempestades el helado
norte contra Paris.

Eudon. No te detengas :
parte, parte veloz, y di al ingrato
que ha olvidado quien soy; que de mi trono
el fúnebre esplendor no me ha cegado;
y que si Eudon cuando soldado humilde
de sus amigos estrecho las manos,
Eudon rey de Paris hoy los recibe
contra su pecho y de placer morando.

Escena 5.^a

Eudon, Arnolfo, Riquerio, Brodonildo.

Eudon. Y tu, mi Arnolfo, y tu mas que ninguno
en recibir al duque interesado
de su amistad merecedor se muestra
y un noble afan cual príncipe mostrando
dispon festivo y brillante corte
para obsequiar a un huésped tan precioso.

Arnoldo. Luto mas bien, Señor, y triste duelo
hoy nos toca mostrar y al crudo llanto
dar libre curso. En medio á los horrores
que nos circundan y al bramido airado
de esos lobos hambrientos que amenazan
tragarse á la ciudad; ¿nuestros vasallos
por obsequiar al duque de Borgona
podrán mentir un pútilo insensato?
Nuestros mismos de la tierna madre
al oír los quejidos desolados
que nos demanda con rabioso acento
al hijo amante que murió luchando
su miserable estrella maldiciendo
solo poderemos cumplir el arco
y al instinto vital indiferentes
volar al muro y perecer matando.

Eudon. Los nobles sentimientos que te animan
son de tí dignos y á mi pecho gratos;
mas no te coraron, Arnoldo mío,
se alarme; como Eudon haciendo escarnio
de la celeste cólera pudiera
entre el atroz y funeral estrago
con fiestas celebrar con regocijos
las lágrimas sin fin de sus vasallos?
Puescuéna empero la feliz fortuna
hoy á París abito ha mostrado
su rostro angelical y cuando ansioso
quiero ostentar con imperial boato
mi gratitud al duque á que celebro
el total exterminio de los bárbaros

y la alorada libertad que el cielo
nos concede por fin.

Arnoldo. Aun no ha llegado
momento tan feliz. Saltese Francia
y dirija despues al que adoramos
votos de gratitud, himnos de gloria.
Mas aun siento bramar de los Normandos
al candillo feroz que los arrea
como canes rabiosos hácia el punto
de la sangrienta preta; aun viro el humo
de la reciente hoguera allá en el campo;
aun no es libre Paris, gime y pelea.
De un dios clemente el poderoso amparo
brister gimiendo en su mansion augusta
esperemos, Señor, y no incesantes
cedamos hoy á una esperanza loca.

Eudon. ; Loca Esperanza! Arnoldo! ¿de tus labios
puede salir tan infamante ultraje
hácia el duque?

Arnoldo. j. Señor!

Eudon. ¿Dudas acaso
de que en su diestra vigorosa y fuerte
cifra su libertad el pueblo franco?

Arnolds. ; Fan brabo le creis?

Eudon. ¡Arnoldo! ¡Arnoldo!...
...que sospecha!... ¿tal vez ha penetrado
de la calumnia el venenoso aliento
hasta el hijo del rey? ¿tu pecho ingrato
al atalá invicto desconoce
que te salta? Responde ¿a qué est extraño

lenguage que me aterra?; ah! de mi pecho
calma la agitacion, desventurado.

Si; la calumnia, la calumnia horrible
clabó en tu corazon su agudo dardo:

mas, ay! mas, ay! si en generoso pecho
jamás se abriga sentimientos bajos,

en los que late un corazon de reyes

de la calumnia el pernicioso tacto

súbito se rechaza; cual el terso

luciente espejo del brumido casco

de un sol ardiente en los estivos meses

rebota autas los deborautes rayos.

Salgamos ya y obraba sin demora

lo que manda tu rey, tu soberano.

Cardenal Cisneros

Acto 2.^o

Escena 5.^a

Brodonildo solo.

¡Cielos! ¿adónde huir? él ha llegado
el mi enemigo, el duque de Borgoña.
¡Suerte fatal! ¿á que region seulta
por no verlo huir, si con torobra
adonde me retiro allí le encuentro
y tenaz me persegue cual mi sombra?
Mas ¡ay! ¿con mis clamores qué consigo?
¡Meio de mi mil veces! ¿no es ahora
la propicia ocasion? Si: convinamos
nuestros recuerdos y vengamos á solas.
Ost años ha cuando de Francia al tramo
encendiendo mil seas la discordia
seis reyes aspiraban, solo el duque
cuya suerte y valor todos pregonan
cual rápida centella á Francia vino
del rey Ludon á sostener con gloria
los derechos sagrados. Aún ignoro
cuál fue primero, si agitar la antorcha
súbrete de la guerra ó cuál los astros
nocturnos ante el sol que lo avella
desbancarse el enemigo bando
al presentarse el duque de Borgoña.
El conde Herbert que se lo seis ribales
era el que mas amaba la corona

llega culto a Paris, me ofrece honores
y oro si de la noche entre las sombras
ascano a Rodolfo; ¡oro! ¡riquezas!
y a mí... ¡para qué más? pronto mi boca
le dio mi asentimiento. Era una noche
(grabado así lo tengo en la memoria)
en un jardín Rodolfo respiraba
de las flores de mayo el suave aroma;
y estaba solo, en el florido cesped
reclinado. Yo fui: bajo la copa
de un árbol me senté; ya le oía
sin ser sentido de él, ya sin percibir
con el funeral a humillar en sus entrañas,
cuando ¡oh fatalidad! todas mis formas
traidor un rayo de la clara luna
ante el duque dibuja... Mi alma toda
se hiela de terror. Sentir mi brazo
detenido por él, brillar la hoja
de mi mismo funeral y aquí en el pecho
su contacto sentir una acción sola
que para mí. Recorro mis sentidos
y.... ¡venganza! ¡venganza!... tal mi boca
primero pronuncio. Juro solemnemente
vengarme, y si, me vengaré que ansiosa
siempre lo que juró mi alma ha cumplido.
Pero ¿cómo, ¡gran dios! si a lo que le odia
mi corazón lo que le tiene iguala?
¡Rayo de luz! ¡qué idea! un hijo tengo,
Baldunio, está aquí y el vil lo adora.
¿A qué más, Brodonildo? tu odio es grande,

débil la resistencia, ventajosa
propicia la ocasión; quieres vengarte
del padre? hiere al hijo; y siga la obra
súbito al pensamiento. Mas Arnoldo
llega: disimulemos, y si logra
atraerle mi astucia a mi partido
aprovechemos la ocasión ahora.

Escena 2.^a

Arnoldo, Brodonildo.

Brodonildo. Príncipe; ya lo veis; también la suerte
contra vos se conjura. El de Borgona
acaba de llegar y su enemigo
yo se que sois. Mas; ay! mi pecho le odia
mas que el vuestro. Señor; mas que a vos mismo
su llegada me hirio; la suerte sorda
a nuestros votos es? bien, sus rigores
su influencia fatal vencer no, toca.

Nuestro mutuo rencor, príncipe, unamos,
sean nuestras venganzas una sola
y caigan sobre el duque cual el rayo
sobre la encina que en desierta roca
desafiando al cielo en el encuentro
el fuego abrasador que la devora.

Arnoldo. Te engañas, Brodonildo; de Rodulfo
contrario nunca fui y oigo en tu boca
eso con estruendo.

Brodonildo.

No hace mucho

que os vi palidecer cuando la pronta
nueva trajo Egilberto á vuestro padre.
No creí.....

Arnoldo.

¿Qué has creído? ¿que una torpe
animación contra él me deboraba?

No, Brodonildo, no: de mi alma ahora
los secretos sabrás. Con Balduino
mi infancia yo pase, y una alma sola
eramos él e yo ¿cómo explicarte
de nuestra vida la feliz aurora?

Pasaron años y contaba apenas
el doce abril cuando las victorias
de Rodolfo en la frente de mi padre
colocaron de Francia la corona:

nos vimos otra vez, vino á Lutecia
y desde entonces en unión dichosa
nos hallamos aquí, siendo comunes
nuestras penas, placeres y memorias.

Mas; ay! si comprendieras lo que sufro
con él, ó Brodonildo, y cual me roba
su presencia la calma!

Brodonildo.

¿Como? ¿amigos
y así le odiáis?

Arnoldo.

¿Odiarle? no: su gloria
su valor, su fortuna, su ardimiento
que ciegos todos en la corte adoramos,
he, Brodonildo, aquí lo que mi pecho
agita sin cesar á todas horas.

Amulo suyo soy y en nuestros fuegos
y felices ensayos, ante toda

la corte á cada instante disputamos
ya en carrera ya en lucha la victoria,
y siempre y siempre una fatal fortuna
me nego' de estas fides la corona,
cuando en el campo yo de la batalla
mil veces el terror entre las tropas
del contrario llebó. ¿Por el vencido?
¿por el que extraño á las marciales glorias
aun no ha engrimido el centellante acero
en refriega campal? ¿verme; oh deshonra!
vencido por un niño ante mil bellas
que ostentando sus gracias orgullosas
batiendo palmas con ardor celebran
á porfia su triunfo y mi derrota?
y sin embargo con valor me siento
para vencerlo, si; mas en mi contra
se confuso' la suerte y es en vano
que sus caros favores mi alma implore.

Brodonildo. ¿Fors su amigo aun cuando mil causas
para que vos le odiéis, primipe, os tobran?
El vil es ultrajo, y ¿así tranquilo
que no le odiáis decís? por vuestra gloria
ocultadlo, Señor. En vuestro caso
yo mi ofendido orgullo sin demora
reparara veloz, yo....

Arnoldo. ¿Que pretendes?

Brodonildo. ¿Me lo pregunta Arnoldo? á quien se odia
se extermina, Señor. Ved pues cuán alto
raya vuestro furor; poned en obra
vuestra reparacion, y al mundo entero

mostrad por fin que el que irritaros osa
debe temblar aunque hasta el sol se encumbe.

Arnoldo. ¡Ah! ¿qué has dicho? ¡infeliz! ¿cuál te debora
esa sed de venganza contra el duque?
Ynfame es la venganza; mas si sorda
se desliza cual sicope entre las flores,
Prodonildo, lo es mas. Cese tu boca
de proponerme tal.

Prodonildo. ¿Qué bien designas
no deciris pues al que su vida toda
cual sicope os dedico?

Arnoldo. Si, Prodonildo:
cuando luchó con il tal vez la pompa
y el concurso brillante del palenque
su ardimiento excitar felices logran
abatíendome á mí; por eso, escuchá
quisiera yo lidiar con él á solas,
sin importuno, y triunfando entonces
seré feliz; oh, sí! de boca en boca
la nueva correrá y aquesta frente
que miras bruta y humillada ahora
alzará sin rubor, que laureada
entonces la verán con tanta gloria.

Prodonildo. Pensamiento tan noble miro digno
de un príncipe cual vos. No sin demora
á retarlo á la lid; yo cual testigo
publicaré vuestra feliz victoria.
Corramos ya; vences, y cuando en tierra
mircis del vil contrario la persona
y á sus ojos fatal brille el acero

hundido sin piedad: la sangre borra
el odio de una vez.

Arnoldo. Tamas; aparta.

Brodonildo. ¿Qué haréis, pues?

Arnoldo. Abrazarlo, y la victoria
en sus brazos cantar.

Brodonildo. ¡Ah un enemigo!...
¿Sabéis lo que decís?... pero... no importa;
con vos iré, Señor. (Aparte.) Cuando enfrente
estes de tu rival, al crimen que odias
enfrentarte sabré; que así vengarme
sin exponerme yo mi astucia logro. (Sale.)

Escena 3.^a

Eudon, Gautier, Riquerio y cortesanos.

Riquerio. El Normando, Señor, que Ogerfrido
temeroso tal vez de su derrota
para apusar la paz á vos envia
en las puertas aguarda.

Eudon. De Borgona
el duque va á llegar; él es primero,
el Normando despues. No sin demora
y al palacio traedlo cual conviene
de un fiel embajador á la persona;
no se diga que Francia desconoce
las leyes del honor aun en su contra.

(Sale Riquerio.)

Escena 4.^a

Eudon, Gautier y cortesanos.

Rodulfo, Egilberto y acompañamiento de Rodulfo.

BIBLIOTECA

Rodulfo. Salud, gran rey; del venturoso día
lució por fin la suspirada aurora
en que pueda estrechar contra mi pecho
a mi amigo, a mi Eudon, y vuestras glorias
en una confundiendo a nuestra patria
del mal librear ya que la destrora.
Mas antes permitid que aquesta prenda,

(Seguita un collar de perlas del cuello.)

preciosa para mí, bese mi boca
y en mi pecho la guarde eternamente
sello de nuestra unión, feliz memoria
de una amistad que el cielo soberano
jamás deunirá.

Eudon.

Jamas, mi boca
lo repito también, y esta alianza
de los reyes del rey bendice ahora.
;Rodulfo, amigo!... Si; Franca adorada
blanco fatal de la celoste cólera
en prostracion doliente sumergida
sus culpas expiando, en vano implora
la clemencia de un dios que la condena
la preta a ser de las formidables hordas,
triba feroz que de su sangre misma
sin cesar renaciendo a una afrentosa
esclavitud por todo bien nos brinda.

Mas ¿que digo? París del puerto toca
regocijado ya con nuestro arribo
al venturoso lumbre, la antorcha
ya brilla de la paz y si la guerra
buena a lo lego y retumba toda
es el monstruo que espira para siempre
y en la horrenda agonía que lo postra
laura el último grito contra el pueblo
que lo encadena y con furor lo ahoga.

Rodulfo. Vuestro discurso, Eudon, gozoso escuchó.

Si nos aguarda siempre la victoria,
si impaciente París nos recrimina
por nuestra dilación, si Francia toda
su libertad espera por momento
¿que nos detiene ya? como las olas
en tempestuosa mar mal enjugadas,
por el dique mis brabos de Borgoña
y de París los aguerridos tercios
su ardor marcial ya contener no logran.

Al combate volamos; de Lutecia
suene en los muros la guerrera trompa,
abranse nuestras puertas; cual torrentes
despeñarán legiones victoriosas
que de laureles tomaron cubiertas.

¿Tus de nuestra patria protectora
gran Senobeba que al tior al lado
de tu virtud sublime el premio gozas,
guia desde tu trono, guia al pueblo
que en bien templo a tior humilde adora.

Eudon. Con placer la señal diere yo al punto

ARCHIVO MUNICIPAL
ALCALA DE HENARES

para el combate que impaciente, ansiosa
Lutecia aguarda si unas cortas treguas
con Hagenfrido no tubiera ahora.
Tu embajador me espera; en este instante
a recibirlo voy. A vos os toca
cumplir tambien otro deber Rodulfo,
sagrado paternal y que las horas
que no empleeis en la marcial fatiga
os hara parecer dulces y cortas.

(Sale un momento y trae de la mano a Balduino.)

Escena 5.^a

Los mismos. Balduino.

Eudoy. Vedlo, aquí lo tenéis; hermoso y joven
hijo vuestro por fin, preciosa joya
que á mi pesar os doy.

Rodulfo. Rey generoso
dios os lo premie, sí. La dicha toda
el inmenso placer de que mi pecho
al estrecharle contra mi rebosa
jamás olvidaré.

Eudoy. Callad: ¿y cómo
podré pagáros, yo? Si en la derrota
con que ayer me afligió la providencia
no llega á vuestra espada triunfadora
á devolver con oportuno intento
al Normando su ataque, Francia toda
hoy gemiera tal vez de Hagenfrido.

bajo el yugo feroz y á estrañas zonas
sierbos de su capricho entre cadenas
constituidos nos vieramos ahora.

¡Cuánto es rebo Rodulfo! ¡con que legños
pagároslo podré!; con que coronas
premiar nuestro valor nunca bastante
podrá mostrar mi gratitud mi boca.

¡Bágame Balduino venturoso,
ya que tanto le amais. Con él á solas
es de go ya, de una envidiable dicha
por no turbar las ansias amorosas.

Escena 6.^a

Rodulfo, Balduino.

Balduino. Hechos solos por fin, padre adorado,
hechos solos por fin: mi amante boca
ya sin testigos importunos puede
mostrarte la efusión tierna, amorosa,
que me hace tan felice.

Rodulfo.

Ó Balduino,
ó hijo idolatrado á quien adora
tanto mi corazón cual parte suya;
¡Balduino! ¡hijo mío! de una esposa,
que el cielo me robó tal vez celoso
de mi felicidad, tierna memoria!
¡beja que estreche tu adorable seno
y que aspire tu aliento, dulce aroma
de un pecho virginal que de los ángeles

la cándida pureza en sí atesora.
Háblame; tus palabras, que en mi pecho
cual bálsamo celeste gota á gota
derrochan el placer, á un paraíso
de delicias eternas me transportan
Dime, hijo mío; de tu padre al lado
eres feliz?

Balduino.

; Si soy feliz!; ignoras
que la sangre que corre por mis venas
la de Rodolfo es?; y al que te adora
preguntas eso?; Ingrato! mi semblante,
mi agitación; de una alma venturosa
mis muestras no te dan? Mas; ay!; cuán largas,
cuán tristes para mí fueron las horas
antes de llegar tú, cuando impaciente
te aguardaba tu hijo!; cuántas cosas,
cuántos secretos hube en mi pecho
que decirte tenía! Apenas oí
crecer mi corazón la inmensa dicha
que estaba en mí ser. Mi mano toca
la saya victoriosa; estrecho al héroe
que cuenta por sus hielos sus victorias,
al guerrero inmortal que te la fama
siempre cupo la resonante trompa.
Te lo digo, y lo digo con orgullo,
de un valiente soy hijo; cuánta gloria
me espera á mí también! Ah! mi cariño
quiere mostrarte ya de la azarosa
guerra corriendo al lado de mi padre
los ansiados peligros: cien victorias

alcanzaré también, tus altos hechos
sabré imitar, heredaré tus glorias,
y... ¿quién sabe? tal vez en mishacañas
de mi padre ribal, mi triunfadora
espada al fulminar, tu valor mismo
sabré sobrepasar.

Rodulfo.

El cielo te oiga,
niño adorado. El crudo aprendizaje
conmigo harás, y tu alma candorosa
con la vida guerrera enturquecida
cual el corcel que resbocado arroja
cuanto encuentra á su paso, muerte, horrores,
revolución fatal, de sangre ansiosa
guerra tan solo ya. ¡Fúte destino
del misero mortal! ¡ay! en tus horas
de ese delirio horrible que del hombre
el estérminio á consumir provoca,
¡ay! ¡cuántas veces echaras de menos
la calma y paz que en este instante gozas
tranquilo y sin temor con tu inocencia!
¡Ah! si supieses tu...

Baldvino.

Nada me importa:
quiero ir contigo, quiero; ni un momento
dilatés mi impaciencia.

Rodulfo.

¡Ah!; no ahora:
eres muy niño aun.

Baldvino.

¡Ah! ¿de mi infancia
cuando el fin llegará? con peregrina
y horrible lentitud pasan los años
tiernos de la niñez. ¿Cual me teora

aquella ociosidad! Mas, padre mio,
ya puedo batallar ¡tal vez ignoras
que se esgrimir como el que mas la espada?
y que al tenter el arco siempre logra
diestro mi brazo ya clavar la flecha
sonte clavo la vida? Una victoria
aun ayer conseguí cuando brioso
domé un corcel ante la corte toda.
Rápido como el viento en la carrera
en el suelo mi planta apenas toca.
¿Y quieres mas aun?... Aquí en el pecho
lo que siento no sé; siento una cosa
que me impacienta, que mi ardor excita,
que me impule al combate y á la gloria.
Diera mi vida por marchar contigo
y contigo caer sobre las hordas
del Normando feroz.

Rodulfo.

Basta, hijo mio:
de que nos separemos es ya hora.
Es preciso que parta.

Baldvino.

¡Tú conmigo!

¿Qué! ¿me rechazaras? ¿mi presencia estorba
tus designios tal vez? ¿por qué rehusas
el llevarme contigo á la victoria,
si me siento capaz (basta que pura
tu noble sangre por mis venas corra)
si me siento capaz en este instante
de conquistar veloz la tierra toda?
O por ventura ¿mides por mis años
mi ardimiento y valor?

Rodolfo.

Tu frente sola
radiante de vigor do se retrata
cual en un terso espejo tu alma hermosa,
el ardor juvenil, el noble orgullo
que á tus ojos bellísimos asoma
todo me dice, todo, que tu pecho
las inmortales prentas ya atesora
del héroe mas feliz. El; tus deseos
satisfarás hoy mismo. Con mis tropas,
hoy, á mi lado, tu ambición guerrera
enfrenarás de Magensbrido en contra.
Tu padre te verá: toda la Francia
te prepara laureles y coronas;
yo te los ceñiré si tu te muestras
hijo digno del tique de Borgona.
Debo partir; mas volveré muy pronto
para llevarte al campo.

Balduino.

¡A la gloria.

(Se abstran.)

Cardenal Cisneros

Acto 3.^o

Escena 1.^a

Balduino, Arnolfo y Brodonildo.

(Balduino durmiendo tal como quedó en el acto anterior.)

Brodonildo. *Es brinda la ocasion; vedle dormido,
tal vez soñando que feliz le espera
de gloria un porvenir.*

(Enfático y lejos del pinique.) ¡Pobre mancebo!

¿cómo siendo tan bello hoy a tus puertas
vela feroz la parca? ¿quién diría
al verte así dormir que ya la huesa
tu cadáver aguarda, que ese sueño
el último será, que si despiertas
será para morir cual flor lozana
cuyo tallo la hoz temprano siega?

Nada mas cierto espero. Hoy el destino
en protegernos, príncipe, se empeña;
¿que nos delione pues? cumplase pronto
su secreto fatal que nos le entrega
cual resignada víctima; en su pecho
hundamos ya sin dilación, sin treguas
el agudo puñal y en su agonía
satisfaced vuestra venganza inmensa.

Esperad; basto yo: diestro mi brazo
de modo le herirá que en una lenta
y dolorosa agitacion de muerte

deje completamente satisfecha
nuestra animosidad.

(Lebanta el brazo para herir. El príncipe que habrá estado hasta aquí como distraído vuelve en sí al escuchar las últimas palabras de Brodonildo, y le detiene la mano.)

Arnoldo. ¡Que horror! detente:
¿qué vas a hacer? ¿tanta maldad encierra
tu corazón que, semejante al tigre
que trasculca á lo lejos una presa
vas á precipitarte, desgraciado!
sobre un dormido?

Brodonildo. ¿Ocasión tan bella
queréis desperdiciar? ¿en tal momento
os parais á mirar lo que es nobleza
(¡sana palabra sin sentido alguno!)
cuando mas no tenéis que con reserva
vuestro brazo alargar y estais vengado?

Arnoldo. De proponerme tal infamia cesa.
Me haces estremecer; ¡ah! ¡tan horrible
es tu ferocidad!

(Balduino hace ademán de despertarse.)

Brodonildo. Oid; despertad:
disponednos entonces á la lucha
(Despertado.) y abrazadlo después de la pelea.

Balduino. ¡Insuene encantador! ¡nuncio dichoso
de la vida gloriosa que me espera!
Príncipe ¿vos ahí? ¡súbito inmenso!
venid, venid; de la amistad sinera
en el seno feliz hoy necesito
resacarme, si; tal vez suceda
que por su mismo exceso yo sucumba

a mi felicidad, alta, suprema.

Arnoldo. *Y todo puede ser. Mas segun eso
¿tan feliz os hallais? ¿que buena estrella
hoy brilla para vos, cuando ayer mismo
os quejabais de todo?*

Balduino. *La presencia
de mi padre volvio' mil esperanzas
perdidas a mi pecho.*

Arnoldo. *¿Como! apenas
acaba de llegar, apenas pudo
dos palabras decir con presteza
¿y ya tris tan feliz? ¿un nuevo reino
para vos conquistó? ¿la pobre Belcicia,
donde impera Rodulfo, a vos tan niño
os aclamó por rey en recompensa
de vuestros adelantos?*

Balduino. *Lo que impere
con mil lazos de amor y de ternura
de mi padre en el pecho. Eso me basta,
en esto solo mi ambicion se encierra,
y mi alma por ello con orgullo
despreciara mil reinos que le dieran.
Mas no se trata de eso: oid, Arnoldo,
si a contaroslo bien mi lengua acierta.
Ya sabéis que hace tiempo yo fundaba
mi ambicion en volar a las refriegas
que casi sin cesar hoy se suceden
del caudaloso Sena en la ribera.
Lo que he sufrido yo ¿como explicaroslo?
mil veces; ay! mis esperanzas muertas,*

triste me encaminaba al alto muro
y simple espectador desde Lutecia
de mil hechos gloriosos fui tentado
a arrojarme del muro y con presteza
lanzándome al combate entre el tumulto
de la batalla en la pelea.

Por llega mi padre y la fortuna
a servirme en un todo ya se apresta.
El me lo ha prometido y ahora mismo
lo esperaba ya aquí con impaciencia
para ocupar en las francesas filas
el puesto que me toca; mas inmensa
es mi felicidad!

Arnoldo.

¡Buen dichoso!

¿con que vais a luchar por vez primera?
y sin duda pensáis en vuestro arroyo
teñir de sangre el caudaloso Sena,
y arrollar solo vos de los Normandos
las indomables huestes no sujetas
por ningún hombre aún; de vuestros años
perdonable ilusión!; cual es euforia
desengano fatal!

Baldvino.

Vuestras palabras

¿cual debo interpretar? ¿es que desprecia
Arnoldo mi valor? ¿es un insulto
lo que me dirigís?

Arnoldo.

Lo que mi lengua

dice una vez no lo retiro nunca.

Baldvino. ¿Como! ¿creéis...?

Arnoldo.

Que en vuestra incipiente

TESTAMENTO
DE
D. JOSE M.^a VICARIO

os engaña el orgullo. Sois muy niño,
y antes de que llegaseis á las puertas
ya rendido estariais: ¿férreo casco
podrá, pues, sostener vuestra cabeza?
¿lograréis sujetar con vuestro brazo
de un ardiente corcel la furia estrema
con la diestra agarrando la empuña
sin que antes os mueran en la contienda?

Balduino. ¡Príncipe! ¿qué decís? sin dilatarlo.
á mostrároslo voy. (Saca la espada.)

Arnoldo. (Sacando la suya.) Bien; mi impaciencia
previene de ese modo: ya os espero,
y el triunfo no esperéis en la pelea.

(Quedan un momento: Balduino lleva ventaja á Arnoldo y lo vence por fin presundiéndole al pecho la punta de la espada; en esta posición
dice Balduino lo siguiente con lentitud y júbilo.)

Balduino. ¿Lo veis por fin? si sujetaros puede,
si al capricho menor puede mi diestra
el acero clavar en vuestro pecho
¿confesaréis por fin que vuestra lengua
un error cometió? Dámede la mano;
que seamos amigos solo resta.

Arnoldo. (En efusión.) Os la doy, os la doy; desde este instante
mas sincera amistad no hay en la tierra.

Brodonildo. (Aparte.) ¡Que escuchó!... y mi venganza? estoy perdido,
si no ayudo á mi causa con presteza.

(Clava traicionamente su puñal en las espaldas de Balduino al tiempo en que estaba estrechado con Arnoldo; este lo recibe
mercedando en sus brazos.)

Arnoldo. ¡Cielos!

Balduino. ¡Traición! ¡infamia!... ¡desfallezco!

(A Brod.) Huid, huid; (A Arnol.) no vos: Arnoldo sea

quien reciba mis últimos suspiros
y los lleve a mi padre; última prenda
de mi amor filial. ¡Ah! Brodonilbo,
¡infame matador!; alma perversa!
¿por qué me matas? ¿de qué mal te he hecho?
¿en alguna ocasión tal vez mi lengua
sin querer te ofendió?... mas, te perdono;
así de dios alcances la clemencia
y los furores de mi padre evites.
Te lo ruega tu víctima; no pierdas
el tiempo aquí; ¡desdichado! huye,
mi padre va a llegar; si aquí te encuentra
¡ay! ¿qué será de ti?... huye y no pares
hasta el último sitio de la tierra.
Adios, Arnaldo, adios; ya no recuerdo
vuestro rostro querido, siento apenas
te esa mano el contacto ya mis ojos
miran la eternidad entre tinieblas,
ya la muerte impaciente por que tarde
me llame, ... ¡padre! ¡adios! muero. (Caen muertos.)

Arnoldo.

¡Clemencia!

¡piedad! ¡piedad, dios mío!

(Como una inspiración)

¿Que hemos hecho?

¿a qué extremo fatal mi suerte hoy llega?

¿dónde estoy? ¿qué es de mí? ¿tal vez del mundo
el orden trastornó la providencia?

Mirable ya caído; te la muerte
la horrible palidez su rostro muestra.

Brodonilbo. ¡Imprudente! ¿qué hacéis? con vuestros gritos
nos van a denunciar. Si satisfecha

nuestra venganza cita'; por qué así trémulo
y pálido correis? Venid; se acercan.

Arnoldo. Aparta, monstruo, aparta; no me toques:
tu contacto es mortal, tu pecho alienta
mortífera ponzoña. En el momento
en que traidor y vil tu armada diestra
hundiste en el Reconciliado estaba
con Balduino ya.

Ordoniildo. Vuestra destreza
y vuestra astucia de adular no acabo.
Con que después que á la fatal empresa,
cuyo fin ya teméis, vos me arrastrasteis
¡pretendeis sinceraros? con manera
fictímelos, Señor; en este asunto
libre queréis salir y la tormenta
descargais sobre mí.

Arnoldo. (Indignado.) No, te lo juro:
jamás dirá mi boca de esta escena
el fatal desenlace, anunciando el cielo
descargue su furor en mi cabeza.

Ordoniildo. ¿Descansar puedo en vos?

Arnoldo. (Ofendido.) ¿No soy Arnoldo?

Ordoniildo. De aquí salgamos, pues; no nos sorprendan.

(Arnoldo en su aturdimiento había dejado su espada en el suelo.)

Cardenal Cisneros

Escena 2.^a

Rodolfo y el cadáver de Balduino.

Rodolfo. Ven, hijo mío, ven. ¡Ah!

(Se queda como herido de un rayo, casso después como un insensato, se para lejos del cadáver y se pain las manos por la frente como para coordinar sus ideas. En este estado dice con aparente serenidad lo que sigue.)

¡Muerto! ¡muerto!

.... ¿y por quién? ¿y por qué? ¡suerte funesta!
no puede ser; no, no: esto es que sufro
del sueño mas horrible la influencia.

(Considera desde lejos el cadáver y va penetrándose de su verdadera situación.)

Pero.... ¡cielos!.... es cierto; esa es su sangre
la que miro correr: verdad que hiela
en mis venas la mía; ¡ah! ¡tedichado, (con sí.)
¡ah! ¡tedichado!... (Pausa.) ¿Alguna horrible fiera
ha penetrado aquí? ¿voraz un rayo
su existencia abrasó? ¿mi rabia ciega
á ninguno descubre en quien descargue
la tempestad que horrible aquí (en el pecho.) ya truenó?
¿como, desbenturado, en el momento
en que gozando de una dicha inmensa
ibas lleno de orgullo á conducirlo
á la victoria, al triunfo, tan horrenda
desgracia sucedió? ¡Físte Rodolfo!
¿este fin ha tenido tu suprema

felicidad? ¿con que la suerte infauusta
á vivir sin tu hijo te condena?
¡Cielo cruel! ¿fatalidad maldita!
¡O tierra abominable cuya arena
su sangre recibió! ¿cómo la mia
saltando en borbotones de mis venas
abiertas por mismo ya tu seno
no fecunda tambien y el suelo riega?
¿cómo, gran dios, al consumarse el crimen
mil rayos no arrojó tu mirada diestra
y á polvo redujiste, en menos tiempo
del que tardó tu voluntad suprema
en triunfar de los ángeles rebeldes,
al destructor fatal de su existencia?

(Se acerca al cadáver y le contempla con dolor.)

¡Baldúino! ¿hijo mio! ¿no respondes
al amor de tu padre? ¿ya tu lengua
no me dirá tus nobles pensamientos
que tenían de orgullo mi alma llena?
Responde, Baldúino ¿ya tus ojos
para mí no abrisas? ¿á la piedad
ya sin ti marcharé? ¿tu frente hermosa
del color de una palida azucena
estremeciendo mis miembros! su contacto
me hiela de pavor, como una piedra
fria y helada está. ¡Mi bien! ¿mi vida!
Todo en tí lo he perdido ¿que me resta?
seguirte..... pero no; ¿morir! ¿qué fruto

conseguirás con que tu padre muera,
sombra adorada? No; dios me destina
para vengar tu muerte con presteza. (Toma una espada.)
Vivamos, si; para vengarte impere,
pero ¿en quien? ¿pero en quien?... ¿mi vista encuentra
al asesino aquí? Mas nada importa;
todo París de mi venganza inmunda
el peso sentirá, y en mis furroses
tiembla pueblo fatal, tiembla Lutecia;
sobre un volcán estás que en rebentando
tus palacios y hogares á paberas
reducirá cuando en la noche oscura
y descansando en dios tranquilo duermas;
y á los restos mortales del que adoro
tu servirás de funeral hoguera.
Cesen pues los lamentos, borre el odio
la compasion en mí, desaparezcan
mis temores. Mi corazon de hierro
para el hombre mi pecho solo enciema.
Prestame, ó cielo, tus voraces rayos,
prestame, ó infierno, tus ardientes teas
y empiece mi venganza.

(Se dispone á salir y abre la espada de Arnoldo.)

Cardenal Cisneros. Mas ¿qué miro?
¿una espada!... ¿gran dios!... ¿está sangrienta!

(La toma y la reanuda.)

¿Del príncipe? ¿de Arnoldo?... En las entrañas
del mismo rey que infame se escondiera

allí lo buscaré. Muera el cobarde,
y feroz destructor de tu belleza;
muera sin dilación. El mismo acero
que hizo saltar la sangre de tus venas,
mi diestra armando ya, fatal la suerte
para matarlo en su pecho me lo muestra.
(Sale.)

Escena 3.^a

(Se muda la escena á otro salón en que habra un solio.)

Eudon, Gautier, Egilberto, Riquerio y cortesanos. Arnolfo.

(Eudon viste el manto real y se dispone á recibir al embajador normando. Arnolfo entra en la escena como huyendo de
algunos que lo persegua.)

Eudon. ¿Qué te sucede Arnolfo? ¿por qué pálido
corres hacia mi solio? ¿que te aterra?

Arnolfo. *Ampliatime, Señor; con vuestro manto
cubratime, cubradme con puertería.*

...¿Lo habéis visto vosotros? ¿no agitaba
un sangriento puñal su airada diestra?
Sus ojos inflamados gruesas gotas
de sangre en vez de lágrimas enseñan;
sus labios rojos del color del fuego
como carbones encendidos, tiemblan
como tiembla la terra superficie
de la mar cuando anuncia una tormenta.

Eudon. Arnolfo, vuelve en tí ¿sueñas? ¿deliras?

Arnolfo. ¡Ah! hele allí. Salbatme: vad; ya llega.

Escena 4.^a

Los mismos. Rodulfo.

Rodulfo. *Ya te descubro, ya; trémulo corres
al asilo real; causa defensa!
¿atónito, miserable, tan seguro
de Rodulfo estaras?*

Eudon. *(Levantándose del trono y amparando á su hijo.)*

Detente, espera:

*¿qué pretendéis? ¿qué es esto? ¿qué sucede?
¿se apoderó de todos la temencia?
¿qué pretendéis, Rodulfo?*

Rodulfo. *A vos tan solo
esa pregunta consentir pudiera
¿y os atreveris, ó rey, á preguntarme
el suceso fatal?*

Eudon. *Hablas; me aterra
ese lenguaje.*

Rodulfo. *Si; raxon os sobra
para que os aterreis, porque la inmensa
desgracia que me abruma el rey de Francia
a su vez sentirá. Si á la sangrienta
habitation do vos me recibisteis
vuestra pason seguros hoy os lleban
un cadáver vuestro.*

Eudon. *¿Cómo! ¿un cadáver?*

Rodulfo. *(Contraquietud terrible.) De mi hijo, Señor.*

Eudon. *Arnoldo, llega;
¿entónte está tu espada?*

Rodulfo.

En esta mano

vedla, Eudon ¿comprendeis? Si; que con ella
hizo con sangre pura este palacio
una mano traidora, vil, proterba.

Eudon. ¡Cielos! ¡mi Arnoldo! ¿que!... Habla, hijo mio;
desmientele, si, si; si que su lengua
te calumnia cobarde; tranquiliza
mi pecho paternal, habla, despierta...
....; callas? ¿serbentorrido! ¿con que es cierto?
¡o segraciado Eudon! ¿verdad funesta!

Rodulfo. Vedme y purgareis. Si venturara
en el hogar doméstico y serena
vuestra vida corriese entre el arrullo
del amor filial con mil risueñas
ilusiones de gloria; qué envidiable
qué feliz sería vuestra vida fuera!
que no hay amor mas puro que el de un hijo
que sus encantos a intentar empieza.
Y si en medio á la paz que disfrutaseis
una mano fatídica viniera
de un solo golpe á testorzar horrible
vuestra felicidad y su belleza,
¿qué castigos, vedme, que tormentos
encontraríais en que vuestra acerba
pena satisficieren? ¡Ah! la sangre
de todos los mortales que corriera
para lavar tan horrendo crimen
reparacion indigna de la extrema
maldad fuera tan solo. Y sin embargo;
el crimen sucedió, de un hijo riega

la hermosa sangre el suelo y ¡ese infame
respira aun cuanto valor la tierra
debio tragarlo ya? Si justiciero,
ó rey Eudon, de la nacion francesa
los destinos regis, haced justicia;
no la pido, la exijo: si alimenta
vuestro pecho el honor como vasallo,
y fino como rey. Vedle; esa fiera
me pertenece ya. Dádmelo.

Eudon.

¡Dádmelo!

¿putateis tal pensar? el que se atreva
de aquellos brazos á arrancarlo, tiemble.

Rodulfo. Tiemblo, pero por él. ¿Con que mi ofensa
impune quedara? ¿pensais que en vano
su destruccion juré? ¿de que merezca
vuestra atencion no es digna mi desgracia?
¿en vano pues reclamara mi lengua
lo que á mi me debéis? ó rey soberbio
¿que respondéis; decís?... de su existencia
al valor tan abate, los dolores
que sufro comprendes y mi miseria
cuando á un hijo perdi que no cedia
á los ángeles puros en batalla.

Nada teneis, ó rey, ni aun vuestra vida
que á mi no me debais; si de Lutecia
en el trono os sentais Rodulfo ha sido
quien en él os sentó; y ahora niega
Eudon lo que me debe de justicia?

¿creéis, ó rey, insufla mi querella?

Y daos por sellá con que mis iras

se contenten con él víctima apenas
digna de su maldad ¡procederán
hoy á cenizas cuanto el sol me muestra.

Tu, príncipe vil, ¿tan arraigado
el crimen está en tí que la inocencia
de aquel ángel hermoso que te perdiste
en el aire no heló tu mirada diestra?

Abominable engendro que indignada
de sus entrañas rechazó la tierra,
preparate a morir; tu sangre impura
tu crimen va á lavar: si te me niega
el criminal que busco, por mi mismo
lo tomaré. (Hace ademán de irse á Arnolfo.)

Eudon.

Del trono la barrera,
sacrilego mortal que á dios ultrajas
ultrapando á su ungido, te detenga;
y en tu ciego furor distingue al hijo
de un rey que á dios augusto representa
del criminal infame que la vida
de tu hijo arranco.

Rodolfo.

¿Su alma perbersa
os pertenece? no: rompió su crimen
los lazos que os unían en la tierra.
Separaos.

Eudon.

Si llegas á su cuerpo
por mi pecho será que es tu defensa.

Sautier.

En el nombre de dios omnipotente,
cuyo ministro soy, la furia extrema
que vuestro fuerte corazon agita,
Rodolfo, contained. No con sangrienta

y horrenda venganza á un dios clemente
satisfaréis; á un dios de cuya inmensa
felicidad ya Balduino goza.

Esperad; tal mi boca os aconseja:
esperad, esperad que la justicia
aunque tarda en llegar.... Rodolfo, llega.

Rodolfo. Bien, esperaré; pero escuchadme:

Si con vuestros momentáneas treguas
me decidís á apretar es que con calma
quiero mis planes disponer. Jumenta
mi venganza será, tal como el crimen;
y la fama al llevar de tierra en tierra
la noticia fatal y mi venganza
helará de terror con la funesta
relación de mis iras al malvado
que en la justicia por su mal no crea.

Gautier. No la busquéis por vuestro brazo enfurecido;
el cielo para sí se la reserva
y la hará recaer cuando le plazca
sobre el culpable tan solo en la cabeza.

Rodolfo. ¿Tú no la busques yo? pues y verdugo
en mi causa he de ser.

Gautier.

¡Aquí en Luscia

¿con qué medios contarás?

Rodolfo.

Con este brazo;
con este brazo, sí, que se la tierra
el orden mudará si es que me place,
anunciando al cielo por contrario tango.



Escena 5.^a

Los mismos menos Rodulfo.

Eudon. (A Arnoldo.) *¡Fuge do no te encuentre... ¡Desgraciado!*
¿que furor, que delirio, que semencia
se apotero de ti cuando insensato
tu mano consumo la acción horrenda?
¿que has hecho, Arnoldo? ¿en qué insondable abismo
tu me has precipitado? ¿cómo aquestas
lágrimas que mi tez tuestan y abrazan
correr has hecho tu? Fuge y no vuelvas:
pero no, pero no, que mas seguro
estarás en mis brazos, y que veagan
a arrancarte de aquí; que aumentando el dague
por mi desgracia con raxon se quise,
no importa, no; ya consumado el crimen,
me aconseja el deber que te sepelida.

Cardenal Cisneros

Acto 4.^o

Escena 1.^a

Eudon, Arnaldo, Egilberto, Gautier, Briquerio y cortesanos.

Eudon. Calmada ya nuestra ansiedad horrible
la audiencia interrumpida comencemos.
Al enemigo embajador al punto
introducís a este salón, Briquerio.

Escena 2.^a

Los mismos, Wisfredo.

Wisfredo. ¿Eres el rey Eudon? De Hagenfrido
ante cuya presencia me prosterno
soy el embajador. Por mis facciones
que conocen bastante tus arqueros
conocerás tal vez que el que habla ahora
es el temible es el feroz Wisfredo
ante cuya cuchilla sus contrarios
en tropel con espanto siempre huyeron.
Escucha pues, oh rey, de Hagenfrido
la voluntad suprema.

Eudon.

Si altanero

ese altivo lenguaje no refrenas
parte, Wisfredo, ya; parte, contento
con que estos generosos campeones
que reprimen su ardor por mi respeto

solo contesten á tu necio orgullo
é insultante aseman con el desprecio.

Risfredo. Escucha o' rey. Causado Hegenfrido
de este sitio tenaz que sus proyectos
de saquear mas fértiles comarcas
destruata y trastorna un pronto medio
te propone por mi para que al punto
cese la mortandad; que aunque tu pueblo
el vencido será, mas que á la muerte
vale que entregue á la cadena el cuello.

Eudon. O bueno, embajador, que en ilusorios
triumfos sonéis; que vuestro alivio pecho
mantenga las mas locas esperanzas;
que arrogantes creais que el mundo entero
su vasallaje os rendirá sumiso;
que vuestro Hegenfrido un vasto imperio
ha de formar con él y que contando
como soldados fieles tantos reinos
cada Normando en fin una corona
recibirá de su valor en premio.
Almuerzo así vanas victorias
de ilusion conseguís; mas os prevengo
que cuanto mas vuestra arrogancia sea
mas triste el desengaño, mas funesto
vuestro fin ha de ser.

Risfredo. ¿Cómo! ¿Qué has dicho?
¿Pensais á nuestra furia sustraeros?
¿Abrigais por ventura la esperanza
de triunfar de nosotros? ¿Frisce empeño!
¿Quiénes sois? ¿Valeis algo? ¿No comprende

una rara maldita que detesto
toda su pequenez? Pues qué! los dioses
que os condenan á ser infames siervos
de los hijos de Odin; vuestro exterminio
decretaron en vano?

Egilberto.

No mas tiempo
podemos tal sufrir; hierve la sangre
al oír tan cobardes improperios.
¡Muera.

Fodos.

¡Muera.

Eudon.

(A Egilberto.)

Defente: su persona
es sagrada: ¿queréis, pues, que manchemos
el pabellón francés con tan vil nota?
y que digan los siglos venideros
que en un inerte embajador mis brabos
descargaron su furia? No; mi pecho
rechaza tal acción. Nuestro coraje
pues reprimido, insignes caballeros,
y continuando tan audaz discurso
de valor una prueba en ello demos.
Sigue, Rislef, sigue y considera
que hallarte en estos muros indefenso
constituye tu fuerza.

Rislef.

¿De un Normando
tal osas tu decir? ¿Este este pecho
bajo el cual late un corazón de bronce?
pues á míl desafia de los vuestros.
Emblao de Ragenfrido al nombre solo.
Millones y millones de guerreros
se mueven á su voz; á su capricho

cubren toda la mar barques inmensos
de rápidos bajeles que no temen
las tempestades que descargue el cielo.

Thagenfrido es señor del rayo ardiente;
Thagenfrido es el rey del universo,
y puede reducir si es su capricho
á cenizas el mundo en un momento.

Temblad, temblad, cristianos: ¿quién el choque
resistirá de sus ardientes terrios?

¿Quién de sus escuadrones la brabura?

¿Quién el impulso impetuoso, horrendo
de su brazo inmortal que donde cae
deja un lago de sangre por trofeo?

¿De la polar region, del norte frío
á los hijos gloriosos que entre el hielo
nacen, no conocéis? Durmiendo siempre

entre nieve, curtido el rostro nuestro
con el ardor solar y endurecidos
con la vida guerrera nuestros cuerpos,
nada tenemos nada y siempre fuertes
desafiamos el furor del cielo.

¿Por qué pues resistis si al fin muy pronto
legiones mil con pavoroso estruendo
sobre Paris cual infernal torrente

han de caer sembrando sangre y fuego?

Que aunque Otin poderoso se empiece
en arrancarnos la victoria,..... nuestro,

nuestro será Paris. ¡Ay! de vosotros

entonces; la ciudad devoraremos

cual lobos irritados; las riquezas

que ostenta este palacio por el suelo
rodarán; vuestras vírgenes y esposas
irán humildes a partir el lecho
del Normando glorioso y mientras tanto
dando vuestra cervice al yugo ferreo
contemplaréis vosotros los placeres
del vencedor.

Eudon. ¡Normando!... Si contengo
la indignacion que aquí furiosa surge
por exceso es tal vez de un sentimiento
que desconoces tu; que si sagrada
tu persona no fuera, ya, Rolfredo,
por el dios que me escucha en mil pedazos
desgarrado estuvieras por mis perros.
Concluye tu embajada; ¿qué propone
Hagenfrido feroz?

Rolfredo. Que por un duelo
entre un francés y el hoy se decida
de esta lucha mortífera el suceso.

(Todos los franceses se adelantan como pretendiendo sostener el duelo.)

Eudon. ¿Lo ves, temerario; mis leones
se disputan la gloria de vencerlo:
dúelo a Hagenfrido y que te espere
en esta lucha un trágico escarnimento.
Pero escucha; si queda Hagenfrido
(así lo ordena Dios) en la lid muerto
¿con qué seguridad por parte vuestra
podrá contar París?

Rolfredo. Al juramento
hecho en nombre de Thor, dios poderoso,

jamás falta un Normando, y antes muerto
verse preferirá. Por el juramos
abandonar el sitio si perdemos;
(¡perder! ¡vana esperanza!) y en rehenes
os damos ademas cien de los nuestros.
Consulta pues, ó rey, lo que conviene
mas á tu salvacion. Si el pronto medio
que te propongo aceptas, solo esclavos
seréis; mas si tenaces y soberbios
lo rechazais, temblad; antes que el alba
nueva os alumbré, un general de quello
habrá borrado ya vuestra memoria
apesar de cu dios á quien no temo.

Eudon. Pues bien; el mismo dios á quien no temo
te hará ver insensato que su fuego
á la nada reduce en un instante
del mortal la soberbia. Sal, Rísfredo.

Rísfredo. De mi señor la voluntad secreta
que ignoro aun verás en este pliego. (Se lo entrega.)

Escena 3.^a

Los mismos venenos Rísfredo.

Eudon. Francese, ya lo veis; el sitio toca
á un término feliz. Alegre os veo
como fuertes leones irritados
que bramau de furor: ya vuestros pechos
impacientes estan; ansiais furiosos
vengar en Hagenfrido los delitos

de su imprudente embalsador. Ninguno,
os conozco bastante, en este rato
querá ceder la triunfadora palma
de luchar contra el bárbaro. Yo apruebo
un porvenir que desde el alto empuje
aplauden nuestros inclitos abuelos
que os miran dignos de ceder gloriosos
el laurel inmortal de Clóvoco.
Triste es sin embargo que entretantos
como codician un laurel tan bello
uno elijamos. Sea pues la suerte
la que el favor decida.

Gautier.

Delencos.

La prudencia, Señor, nos aconseja
que a questo asunto sin ardor tratamos:
Recibisteis un pliego y ¿poco cuanto
vais a deliberar sin antes leerlo?

Eudon. Leamos, pues; sin duda por escrito
me anunciará lo mismo que Chisfredo.

(Lee y se inmorta.)

¡Cielos!... no puede ser.... (leyendo) solo Rodulfo!
fatal proposicion!... mas consultemos
espacio mi deber. Salid: vosotros
conmigo os quedaréis.

Cardenal Cisneros

Escena 4.^a

Eudon, Gautier, Arnaldo.

Eudon. (A Gautier.)

En que sebero

siempre á tu rey tu parecer declaras
toma el mensaje y lee.

Pantier. (Leyendo.)

Quando el acento
„ de la victoria ayer lisongeaba
„ mi guerrera ambicion, fatal el cielo
„ el triunfo me arramó; Megando al punto
„ el duque de Borgona en tu refuerzo.
„ Escucha pues: el es, solo Rodulfo
„ quien ha de sostener en nuestro duelo
„ la parte de Paris; y si no aceptas
„ que tiemble la ciudad, que tiemble el pueblo:
„ quinientas barcas por el Sena suben
„ con máquinas, con armas, con guerreros,
„ con todo el norte en pios; y antes del dia
„ presa será todo Paris del fuego.”
¿Y qué decis?

Eudon.

Que el consentir es mengua:
su audaz mensaje á castigar volemos.

Pantier. Encuchadme, Señor: ardiendo en ira
con generoso ardor creciento, guerrero
cual vos tambien por el combate obstarán;
mas yo, Señor, que del glacial invierno
toto al término ya, miro las cosas
despaico, con frialdad y desde lejos.
Con mis razones convendreis con mismo.
No se trata, Señor, de un simple duelo
en el cual la mas horrible desgracia
que puede suceder es que allí muertos
queden los dos; mas se disputa ahora
un interes mas grande y es inmenso

lo que se pierde ó gana. Francia toda
es de esta lucha singular el premio;
y ¿quién sabe? tal vez toda la iglesia
ha de sentir de esta jornada el éxito.

No alucinarse, o rey: tarde ó temprano
sucumbirá París; nuestros esfuerzos
¿a qué ocultarlo? retardar consiguen
solo su fin. ¿Si propicio el cielo
nos muestra la ocasión ¿por qué insensatos
rechazar sus favores? antes demos
gracias sin fin al dios que nos protege
y sin deliberar sobre este medio
único de vencer que nos propone
aceptémoslo, Eudon; el triunfo es nuestro.

Eudon. ¿Que acepte!... y di' ¿consentirá Rodolfo?

Pautier. Dudarlo no debéis.

Eudon.

Y en el extremo
de su puesto dolor...? y cuando exige...
¡cielos! ¿y este infeliz? (Por Arnoldo) Mas; por mi pueblo
lo haré. Llamadlo ya. ¡Día sumeto!
¡Qual late el corazón! es que temblando
un sacrificio enorme ya preveo.

Escena 5.^a

Los mismos, Rodolfo.

(Pautier despues de haber salido por un pequeño instante, vuelve con Rodolfo.)

Pautier. Con una lucha singular propone
terminar agenciado a questo cerco

y creyendo que á vos, noble Rodulfo,
sostener hoy os toca por derecho
nuestra parte, os llamamos; ya seguros
con la memoria de los altos hechos
que inmortal os proclaman, que en la lucha
el vencedor seréis. ¿De aqueste pueblo
consentís pues en sostener la parte?

Rodulfo. Consiento, si, y á Francia ya prometo
que saldrá victoriosa. Pero vedme;
¿y cual será de aquesta accion el premio?

Lantier. Pedís.....

Rodulfo. Que se me entregue ese malvado (Por Arnolfo.)

Endon. Jamás, jamás, jamás.....; Ah! si á tal precio
vendéis vuestros favores, los rechazo,
los rechazo indignado, los detesto;
y antes que recibirlos, ver á Francia
hecha un lago de sangre yo prefiero.

Rodulfo. La veréis, la veréis: tal vez mañana
se cumplirá vuestro fatal decreto. (Va á salir.)

Lantier. Esperad, esperad. ¿Sabéis, ó Duque,
lo que pedís?

Rodulfo. Lo mío. No es el precio
de la victoria, no; es el infame
que reclama indignado el alto cielo

Lantier. ¿Pero á mi padre pedís?...

Rodulfo. Otro padre
también el que lo pide. Asaz derecho
que me arde sabéis para matarlo
do quiera que lo encuentre.

Lantier.

Mas si el cielo

o destina la gloria inmarcescible
de salvar á Paris; por qué tan bello
lauro queréis manchar con una horrenda
y abominable acción?

Rodolfo.

En otro tiempo
quisiera oír, si; lo que es ahora
no os causeis, Gautier; soy fuerte sobero
y el mismo sol que ardiente me abrazara,
y el mundo todo que entre horrible estruendo
sobre mi frente despenarse viera,
y que viese nadando en un inmenso
lago de sangre á los mortales todos,
nada...; lo oís?... de mi tenaz empeño
arredarme podrá.

Gautier.

Si; lo conozco
habla el padre tan solo en vuestro pecho,
y no el cristiano. (A Eudon, solemne.) O rey; rey desgraciado!
ahora pues me dirijo. Vuestro pueblo
su salvación os pide por mi boca;
su padre sois también; en otro tiempo
salvarlo habéis jurado; si, yo mismo
recibí tan solemne juramento.
... Señor... Señor... el sacrificio es grande
pero Dios os lo exige.

Eudon.

(Turbado y trémulo.) No comprendo!

Gautier.

¡Un vaillar, Señor, vuestros vasallos
si es preciso también, pereceremos
con el príncipe; ó rey, sacrificadlo,
y salvad á Paris

Eudon.

¿Que cruce? ¡cielos!

Salid, salid de mi presencia, impíos.

¿Entregar á mi hijo? no; primero
perezca Francia, el mundo y cuanto os irrite

Gautier. ¿Así pues los sagrados juramentos
son nada para vos? ¿así á la muerte
á Francia continuais, á nuestro pueblo?

Eudon. ¿Tú tambien, Gautier, tú me abandonas?

Gautier. No os abandono, Eudon; pero sostengo
la honra de un rey y el bien de Francia.
No es solo Arnaldo el único hijo vuestro;
tambien cada varallo reconoce
un padre en vos; y bien; si el justo cielo
de vos exige tan terrible prueba
¿preferiréis en este trance horrendo
de un hijo solo la querida sangre
á la de tantos otros? y aun con esto
¿á Arnaldo salvaréis? no; que en la horrible
destruccion de París tambien envuelto
se verá como todos.

Eudon.

¿Parricida

quiere el cielo que sea? ¿sus descos
son de que yo, precisamente un padre,
sacrifique á su hijo?

Gautier.

Sus decretos

respetemos, Señor. Tambien humilde
el patriarca Abraham un día acero
por mandato de dios se disponia
á clavar en su hijo: de consuelo
y de esperanza os sirva que en el aire
un ángel lo detubo.

Eudon.

Solo encuentro

un corazon de roca en ese monstruo;
pero vos, pero vos que el sentimiento
paternal conocéis; vos, noble duque,
que comprendéis el horroroso extremo
de mi dolor, de lo que sufre un padre,
apiadados de mí.

Rodulfo.

¿Tan violento

es pues vuestro dolor? y sin embargo
si vos supierais; ay! lo que mi pecho
sufrir tambien con horrible martirio
superior a las penas del infierno
por felice os tubierais. Las torturas
que me punzaban horribles no os desee.

Eudon. ¿Rodulfo!... perdonadlo; es hijo mio.

Rodulfo. ¿Pue lo perdone?

Eudon.

Si; tal vez funesto

delirio lo cegó; Rodulfo!; amigo!

¿por qué me rechazais? ¿por qué mis ruegos,
mis suplicas no ois? Vos que tan noble
en todo sois, tan superior al resto

de los hombres; ¿por qué en el bello día
del triunfo de Paris, en vuestro pecho
no os venceis a vos mismo? Perdonadlo;

perdonadlo, Rodulfo. ¿En este pueblo
queréis mandar? pues bien; rey de Aquitania

seréis; pero ¿qué digo? Si este reino
para saciar vuestra ambicion no basta
reúndmelo, Rodulfo; y desde luego
vorreré triunfante el mundo todo

con ejércitos mil: y si no encuentro
soldados que me sigan nada importa,
solo, Rodulfo, iré; y esclavo nuestro
desde la zona torrida a la helada
rey os aclanaré del universo.

Arderán los perfumes delicados
del Oriente ante vos, el indio suelto
su oro os mandará, Persia su huyo,
Albion nebulosa sus guerreros,
su ostentación la poderosa Roma,
Arabia su saber y el pueblo griego
mujeres seductoras que deleiten
con encantos sin fin los ojos vuestros.

Y si aun no contento vos quisiereis
ser adorado como dios supremo,
tendréis templos, altares, sacerdotes,
y en adoraros yo seré el primero.

Rodulfo. Cuanto vos me quitéis podréis volverme
a fuerza de riquezas y trofeos;
pero dios, solo dios rey de la vida,
ante el cual nada sois, por un portento
puede volverme el hijo que adoraba.
En vuestra sequedad, o rey soberbio,
¿compararéis con él, ciego, orgulloso
pretendisteis tal vez? ¡Ay! ¿a qué precio
pondréis lo que los cielos han purgado
de infinito valor? ¿y con qué imperios
un hijo pagaréis?... Maldita la hora
en que Arnoldo nació, maldito el pecho
que lo nutrió, maldito el cielo mismo

si con el rayo ardiente en un momento
no lo abrasa.

Eudon. *(Suplicante y arrastrándose.)* ¡Rodulfo!

Rodulfo. O desconozco.

Eudon. ¡Bárbaro! ¡compasión!

Rodulfo. *(Indistinto.)* Inútil nuego.

Eudon. ¿Así pues insensible á mis clamores
inflexible es hacéis?

Rodulfo. Vuestros lamentos
cansad de una vez. Eudon: sed hombre
y elegid; vuestro hijo ó vuestro pueblo.

Eudon. *(Reclamando indignado.)* ¿Kerha está mi elección; parezca Francia
y salven mi hijo.

Lautier. ¡O rey!... ¡o cielo!

no es posible ¿pues cómo? ¿el exterminio
de Francia decretáis? no, no lo creo;
ni yo permitiré que mi monarca
falte perjuró á un santo juramento.

Eudon. No faltará: yo mismo á laagenfrido
á mi vez retaré y en este duelo
le venceré.

Lautier. ¿Y aceptará el Normando?

Eudon. *(Respetado.)* Fue entre pues en París á sangre y fuego

Lautier. *(Religiosamente indignado.)* Abrazo de la tumba tu gloriosa
sombra de Carlo Magno, y á tu pueblo
muestrete augusta la imperial academia
descansando en tu frente. Ten; sereno,
radiante de gloria. Mas el rostro
no vuelvas; ay! al ver agreste horrendo
espectáculo atroz. La generosa,

magnánima nación que el mundo entero
triumfante recorrió bajo sus águilas
a perir ya va. ¡Dolor inmenso!
¡o pueblo! ¡o patria! ¡o templos de mis padres!
Arde ya la ciudad; voraz el fuego
por todas partes nos circunda horrible:
¿por dónde huir? ¿por dónde? entre el estruendo
de los techos que caen encendiéndose,
descubro ya mil destrozados miembros
palpitantes aun. Por solo un hombre
pericla la ciudad. Sobre los negros
y humeantes escombros de Lutecia
terror glorioso del romano imperio
floramos sin cesar. Castas matronas,
vírgenes cantoras; ya del techo
paternal os arrancan. ¡O miseria!
¡o maldad! ¡o baldón! aún mas fuerte
que mil muertes y mil: sois conducidas
sin companion al rudo cautiverio
del triunfante vencedor. Cual masas
obesas, ¡o dolor! suelto el cabello,
moribundas, dolientes, sin auxilio,
sin oír de un esposo el dulce acento,
sin una madre que amorosa os cuide,
a la region aspérrima del cielo
arrastradas os veis, y allí obligadas
a compartir de un enemigo el lecho.
(A Eudon) ¡Que tremblais aun? ¡venid; miradlos,

(Lo lleva à una ventana.)

miradlos desde aquí: ved bien, son ellos.

Después el bosque erizado de sus armas
giran en remolino sus guerreros:
la Manura, los montes, las colinas,
la planicie del Sena, si; cubierto,
cubierto todo está. Y sus miradas
a París se dirigen; con silencio
y terrible aparato nos contemplan.
De cuando en cuando algún picudo sangriento
en el aire promola. El diria
que son buitres horribles que batiendo
sus alas con furor, sobre su presa
á abalanzarse van.

Eudon. (Conmovido.)

Hasta.

Lautier.

¿El acorto

sacrificio aceptais?

Eudon. (Mirando con ternura á su hijo.) ¿Que yo le entregue!
¡tan joven! ¡tan hermoso!... ¡ah! no; no puedo.
Hijo adorado, ven. (Lo estrecha.)

Arnoldo.

Salvad á Francia:

con placer morire por vuestro pueblo.

Eudon. ¡Ah! ¡cruel! ¿También tu?

Lautier.

Señor: se para

de vuestras breguas el precioso tiempo.

Decidme, Eudon: dentro de poco

tarde tal vez será. Valor.

Eudon.

Lo tengo.

... ¡o hijo!... ¡o patria!... alternativa horrible!

¿por qué no me matais?... ¡Ah! ¡desfallero!

... pero es preciso, si... ¡qué horror! ¿verdugo
de mi hijo? no, no... Mas si los cielos

me lo exigen....; valor! valor! mi empresa
coronare' por fin: no dilatemos
el momento fatal....; ¡th! (vamos) mi garganta
me ahoga; nada falta... apenas veo.

(Con desesperación enérgica.) ¡Vedle, ahí! le tenéis; ¡salvare Francia.

Y tu gran Dios el sacrificio horrendo
acepta en paz, y tu terrible diestra
descarga sobre mí cuando en el suelo
vea correr su sangre... *Sostenedme.*

Gautier. (A Rodolfo.) Cumplido está vuestro feroz deseo:
a vos os toca pues por nuestra patria
el triunfo conseguir sin perder tiempo.

Rodolfo. Descansad, Gautier: ¿a quién importa
el triunfo mas que a mí? Tanto es en esto
el que me supliqueis cuando en mi mismo
arde voraz de la venganza el fuego.

Mi fuerza y valor medid tan solo
de lo que sufro yo por el estruendo.
Salgamos pues: la trágica victoria
en un momento tan solo dilatemos.

Cardenal Cisneros

Acto 5.^o

Harto galante con una gradería al rededor y en el punto principal un trono destinado para Eudon, a los dos lados dos pequeñas
sillas de campaña; una para Rodolfo y para Ragenfido la otra: en la puerta de cada una están los blasones correspondientes. Oy-
ran algunos banderolos en la galería. Dos centinelas custodian el recinto.

Escena 1.^a

Eudon.

Eudon. *Retiraos. (se retiran los centinelas.) Del bárbaro combate*
heme en el sitio ya: del sacrificio
se aproxima el momento: O dios terrible
tu vas a decidir de mi destino
en la lucha fatal. He prosternado
que hagas triunfar humilde te suplico
la causa de este rey. Mas ¡insensato!
no se, no se, gran dios, lo que te pido:
y mi causa ¿cual es? si triunfa el duque
en la fatal partida pierdo un hijo,
y si vence el Normando, a todo un pueblo.
¿A qué pues mis plegarias? ¿cual soy digno
de compasion! mi suplica es un crimen
puesto que los lamentos que dirijo
al trono celestial, salud y muerte
envuelven a la vez. Mas, si benigno
miras, o dios, al siervo que te adora
haz, te lo ruego yo, por un prodigio
que salvando yo al pueblo que en mis manos
su suerte confio, salbe a mi hijo.

Pero alguno se acerca : es él; no quiero,
no quiero verlo; á mi dolor asilo
proporcione la tienda del Normando
en quien veo tan solo un enemigo
y no un verdugo. *Entremos.*

Escena 2.^a

Rodolfo.

Rodolfo.

*Mi venganza
aquí será; mil dardos, mil cuchillos
en su pecho sentiré. Sombra adorada
de aquel ángel hermoso que he perdido
y que ninguno ya puede volverme,
sonríete por fin; de mi martirio
llega al término ya, dentro de poco
á verte volver. Cuando el infierno
semita entre horrores combulciones
de su existencia el último suspiro
nada tengo que hacer en este mundo,
(*Énfasis.*) y volviendo el puñal contra mí mismo
de la inmortalidad solo por verte
tu padre entonces se abrirá el camino.*

(*Pausa.*)

¿Que me importan los adornos vanos
que brillan sobre mí? ¿por qué no piso
todas estas insignias que en mi pecho
veo resplandecer? ¿de que, dios mío,
estos tristes recuerdos de mis dichas

me sirven ya, si todo lo he perdido,
todo lo que en el mundo yo guardaba,
mi ilusión, mi placer, mi dulce hechizo,
el lazo que me unia con el cielo?
¿Por qué conciono a mi dolor activo
este lago de atómos indignados
los arroyos de mi y al suelo tiro:
lejos, lejos de mi funesta banda; (ha arrojado)
lejos de mi también collar maléfico. (20.)
¿Tú, que guardas aquí, rizo brillante
del que perdí; dorado bucle digno
la cabellera, te adornar de un ángel;
recuerdo encantador del que ha vivido
siempre en mi corazón, ven, que te besé:
no te separes, ay! del pecho mío;
y hazlo latir y fíbele vengancia
para tu dueño y sangre y exterminio.

(Se prepara para entrar en su tienda pero lo detiene Eudon.)

Escena 3.^a

Eudon, Rodolfo.

Eudon. Detente, monstruo que respiras sangre;
detente y dando treguas al delirio
escucha al rey de Francia que humillado
gime a tus plantas; ay! te mis suspiros
compruebas la amargura. O veo ansioso,
cual tigre carnívoro, de exterminio
de mortandad de sangre. ¿Es posible

que aquel héroe feliz de quien los siglos
cantar pensaban los sublimes hechos,
tan sangrientos tan horridos instantos
en su pecho mantenga?

Rodulfo. *¿Hablaís cual hombre
que nunca padeció: por vuestros dichos
conociera cualquiera que entre flores
la fortuna es unción cual tierno niño;
y que quido a apartar por vez primera
de vuestro calor el horror recibido
a su aspecto tembláis.*

Eudon. *¡Tiemblo! ¿en el mundo
quien, empero, en un trance como el mío
no temblara también?*

Rodulfo. *Volved sereno;
pues también como vos yo lloro a un hijo.*

Eudon. *¿Os lo perdisteis ya; yo lo conservo,
y a arrancármelo vane. Mas, no conocido
como su sangre necesaria sea
para aplacar vuestro feroz delirio;
comprendo si que en sangre anicéis lamentos;
pues bien tomad la mía; compasivo
retroced mis entrañas y con ellas
saciat por fin tan bárbaro apetito.
¡Ah! ¿seréis tan trüel que aquesta oferta
no queráis admitir?*

Rodulfo. *Si mi sombrío
dolor pudiera yo solo con sangre
satisfacer, ó rey, ya mi cuchillo
regado hubiera el suelo con la mía:*

pero no basta, no; porque es preciso
que tambien sufra un padre los tormentos
que cual elabo ardientes yo he sufrido;
es preciso que yo produzca en otros
dolores, ay! que igualen a los mios.
¿He habéis pensado, pues? ¡Ah! si supierais
cuanto amaba Rodolfo a Chelduino.
Amaba su bellera, idolatraba
su corazon, sus gracias, su heroismo,
y aquel orgullo generoso y noble
que del heroe naciente los instintos
en su pecho infantil ya despertaba.
Todo lo amaba en él; pero ¿qué digo?
¿cómo no amarlo, oíy, si desde el cielo
dios al formarlo le invitó a sí mismo?
¿cómo no amarlo si al mirar su rostro
mundo adoraba en él al ser divino?
Todo en él era hermoso, y repugnante
y horrible lo demás. Este prodigio
que con placer los cielos contemplaban
¿puedan sin vergüenza? que el abismo
feroz antes me trague. Sí; parecia,
parecia por mi mano el asesino:
parecia y cual de sierpe venenosa
huian de él cuando muera sus amigos;
y cuando de lloro el anatema
del cielo sobre el reprobado maldito
una mujer no encuentra compasiva
que reciba sus últimos suspiros
y le llora en la tumba. Muera, muera,

despreciado de todos, maldecido
por el cielo, y auriado por las llamas
del infierno voraz; lo tiene un sitio.

(Suena un clarín.)

¿Oís? ya rasga el aire el son terrible
del clarín.

Eudon. ¡La señal! ¡fatal sonido!
por compasión, Rodulfo.

Rodulfo. La jornada
que me debe vengar va a dar principio.
Un momento tan solo; y mil guerreros
abrirán silenciosos este circo.

La lucha va a empezar; ya estáte ahora
presto a cantar de la victoria el himno,
higubre para Arnoldo; porque es puro
que salte a París.

Eudon. ¡Feroz destino!

Escena 4.^a

Eudon, Rodulfo, Arnoldo, Gautier y Egilberto.
Lortezanos, gefes militares, soldados y pueblo.

Gautier. Llegó el momento, o rey: la trompa anuncia
que a las puertas ya llega Pragenfrido.
Valor, valor, héroes: de nuestro triunfo
el instante se acerca. En el recinto
donde a dios atramos, ya resplandecen
mil luces resplandentes con su brillo,
y con voces angélicas dirigen

al trono celestial de Semeante
sus cántidas esposas mil plegarias:
¡que armonioso concierto! allí el contrito
cristiano ve de Dios la diestra armada,
que estirpando cual micembro corrompido
la idolátrica nación, nos guía al triunfo;
allí también a la esperanza el pio
abriendo el corazón en Dios confía
que con su manto se cubra divino
y que a la pena que es debora horrible
su término ponga. Dios es benigno
y en su sabiduría sirbe todo
para sus fines altos e infinitos.

(Juanan Larimer)

El Normando, Señor. ¡Oh! la plara
es preciso que quede: nuestros títulos (A los circunstantes.)
pues, ocupad: y vos vedé ese trono
(doloroso es ser!) pero es preciso
que presenciéis la lucha.

Eudorj.

Se; mi calix
hasta las heces beberé tranquilo.

Escena 5.^a

Se venan las gradetas de la izquierda por los franceses quedando reservadas las de la derecha para los normandos que
acompañan a Ragenfrido. Entre ambos el trono situado al lado. Entre ambos quedando los accioneros de la plaza.)

Los mismos. Ragenfrido, Bisfredo y acompañamiento de Normandos.

(Entra Ragenfrido con altivez, pasa una mirada por el concurso y se rie con desprecio. —)

*Ragenfrido. ¿Y donde está, Bisfredo, ese Rodulfo
que se atreve a luchar con Ragenfrido?
en el circo no está; bajo esos trages
femeniles facciones solo miro.*

*Bisfredo. Tienes razón, ¡rey! y aun todo pronto
no bastará para luchar contigo.
Mas; ¿qué importa? peleemos. El combate
sin dilación despacha. Ya los ricos
despojos de París allá en las puertas
impacientes esperan y con gritos
aplaudo sus picas tus soldados
pisen formando inmensos remolinos
de la muralla en torno (¡cédil dique
que amuestran romper) pisen te algo
oro, botín, mugeres y cristianos
que inmolan en sangriento sacrificio.
¡Entremos en tu tienda: la trompeta
nos dará la señal.*

Luchan en la tienda y los señas Normandos se colocan en las gradas que les corresponden. —)

Pantier.

Dios infinito:

*por tu causa luchamos. Si, clemente
hoy miras a tu pueblo y como dignos
de servir a tu gloria, acepta grato
nuestro voto humilde y el servicio
del pueblo de París. Mas, ¡ay! la amarga
pena de un rey que siendo de ti digno*

sacrifica su vida por tu gloria
mitiga, o Dios, tambien; y sus suspiros
convirtiendose en purísima ventura
completa el triunfo y caruteulo los siglos.

(Hace una señal y suenan varias clarines; al oírlos salen todos Rodolfo y Ragenfrido de sus respectivas tiendas. En page tras las armas
que son iguales.)

¿Sois Ragenfrido vos?

Ragenfrido.

Lo soy, cristiano.

Lautier. ¿A qué venis aquí?

Ragenfrido.

Compatecido

del pueblo de París, en uno solo
à sacrar mis fueros.

Lautier. (Con dignidad señalando à Rodolfo.) En su sitio

est al mantenedor de nuestra causa.

Ragenfrido. Sea quien sea; al rostro nunca miro
cuando quiero vencer y solo al pecho.

Lautier. Si en el duelo vos sois el vencido
¿por jurais resarcirnos de los danos
y para siempre abandonar el sitio?

Ragenfrido. Por el hijo de Otin, por Thor glorioso
que abrasa con sus rayos al que indigne
si de libar el hiéronico sagrado
en el cráneo fatal de un enemigo,
Ragenfrido lo jura; y si faltase
à aqueste juramento que los hijos
de Otin me impidan la feliz entrada
del florido Walköl cuando el cuchillo
de la muerte mi espíritu arrebatase
de los etres al trono cristallino.

Lautier. Vuestras armas tomad: á vos, Rodolfo,

es entregó las vuestras. Yo, confío
en vuestro corazon que generoso
un triunfo logrará sobre si mismo.
Venid, noble atalá, y usad cual héroe
de la insigne victoria que os predigo.

Se da la señal del combate por medio de trompetas y empieza la lucha que durará las peripecias siguientes. Empezaron el combate con hachas al estilo de aquel siglo; al poco tiempo se hacen estas mil pedras y cellos como a los espadas que requieren los dos con acidez y resistencia; aunque Ragenfrido muestra una fuerza brutal y una voluntad im-
petuosa procurando solo ofender, mientras que Rodolfo muestra toda su serenidad y sangre fría para los golpes contrarios, así como y procura agotar las fuerzas del otro cuando quere-
atacando a su vez. La espada de Ragenfrido se rompe y entonces este impetuoso y furioso se abalanza con los brazos abiertos hacia el duque con intención de abrazarlo. Con el impulso
impetuoso de su embestida cae Rodolfo bajo el estomero: los espectadores lanzan un grito de terror y los banderos incorporados con ansiedad sobre sus alientos un grito de triunfo. D
Pero volviendo Rodolfo su serenidad sostiene una lucha terrible brazo a brazo con Ragenfrido y logra derrotarlo por fin: Ragenfrido cae, vencido también moralmente, al suelo
y queda sin sentido. De esta vez son los Franceses los que celebran en una como un solo cuerpo lanzan el grito de alegría agitando en el aire sus gorras, cascos, etc.,
mientras que los Alemanes aterrados y furios a la vez dirigen al cielo terribles miradas. Rodolfo saca la daga de Orestes y la levanta en el pecho del otro vencedor,
poniendo después un pie sobre el cadáver y agitando la daga, dirige los versos que siguen a todos. Los Alemanes salen de la escena.)

Rodolfo. Victoria por Paris. Lo veis, Franceses:
cumpli lo que juré; de Ragenfrido
el cadáver mirad. Cumplido el pacto
del triunfo el precio, ó rey Ludov, escribo.
¿Qué esperáis?

Lantier. ; Un momento! desde el cielo
hoy os mira, Rodolfo; y si sois digno
de su gloria eternal por vuestro triunfo,
miradlos, ay! si; que maldecido
seréis por él si un horrendo crimen
vuestras glorias empaña. Ved de Cristo
el ejemplo sublime; abalanzado,
desde la misma cruz de el sacrificio
crúel se consumió, por sus verdugos,
al exalar sus últimos suspiros,
imploraba a su padre.

Rodulfo.

¡Tanos ruegos!
¿Me oís Eudon? por última vez pido
lo que vos me debéis; ¿o; por ventura,
temerando esta vez de los principios
degrados del honor y temiendo
en vez interior que al que ha nacido
en noble cuna pueda ser esclavo
de su palabra, retiráis alheto
nuestro pacto solemne?

Arnoldo.

No: mi padre
siempre lo que ofreció supo cumplirlo.
En duda, Rodulfo, que se enfrenta
ese pues. Adios, padre. Voy yo mismo
a pagar vuestra deuda. ¿Por que trémulo
Morais así? no, no; los negocios
marchan a disponer por nuestro triunfo:
se reclama la patria; y es preciso
que en solemnidad tan gran suceso.
Partid, partid, o padre; en este sitio
nada tenéis que hacer. Muero contento
porque cuando un laurel siempre florido
a vuestra gloria y el sublime ejemplo
de los reyes seréis en todo siglo.
El cielo paterno os da, o padre,
y vuestra bendición. Se mi destino
es al cielo subir; adios! por mi suerte
no Moréis.

Eudon.

¡Desfallero!.... Ah! hijo mío;
... víctima resignada... dios reciba
en su seno tu espíritu.... o maldito

triumfo.... no puedo.

Arnoldo.

Adán. (Se separa de los brazos de su padre y

se dirige hacia Rodolfo.)

¡Véme dispuesto.

ya soy vuestro; matadme: necesito
que en mi clabeis ere puntal al fin.

Sin dilación alabable, y compasivo
no me hagais padecer lo que padecí
al ver sufrir a mi padre tan querido.

Rodolfo. (Coge con una mano a Arnoldo.)

¿con que sufres también? y cuando aléste
en mi hijo atorad el hiello frío
hundiste sin piedad; no prohibas

la tormenta horrenda que el destino
debe te conspiraba: ¿que comprendas
lo horrendo de tu crimen es preciso.

¡Véte, Francisco, ya: brilla a tu oja
el lucente cristal de este cuchillo
como brillan las llamas del infierno
a los oja del reprobado malvado.

¡Véte, asesino ya; y quien digiera
al verlo así, sin fuerzas, abatido
que ocultaba tan horrible perfidia
en su pecho feroz. ¿el a mi hijo
asesinar traidor; él espiciando
un momento feliz clabó en un niño

este puntal: pues bien; con él recibas
de su malvado crimen el castigo.

(Solemnemente dirigiéndose al rey.)

¿Comprendéis, rey León, en este instante
de un padre como yo todo el martirio?

Los horribles tormentos del infierno
son delicias sin fin cuyo atractivo
me seduce, son glorias que ambiciono
en cambio de tan horrible suplicio.
Tó a Arnolfo en mis manos; como garfio
de acero le sujetaré: del abismo
solo ya ve la lúgubre morada.
Míralo, o rey: el vil malo a mi hijo.
y yo..... y ahora yo.....

(Ogita el puntal y ora a labarlo; horreniendo luego exclama: ¡ah! con el nuevo y más cargado de la desesperación, mirando los brazos hacia Rodolfo.)

Eudon.

¡Ah!

Rodolfo.

Por venganza

es le rebuelto.

(Suelta a Arnolfo y arroja el puntal. Eudon cae en rodillas.)

Eudon.

O Dios, ó Dios benigno:

....gracias....gracias. Nober apenas puedo
mi lengua.

Escena 6.^a

Los mismos. Riquerio.

(Riquerio entra apresurado.)

Riquerio.

Deteneos. El propicio
suceso, si aun es tiempo, por mi boca
exuchad. Un infante, Arnolfo,
acaba de espirar.

Arnolfo.

Tu puesto brazo
descargaste por fin, Dios infinito,

sobre el culpable.

Riquenio.

Alcanas el combate
empresaban Rodulfo y Chagonsido,
cuando un fiero Normando ya impaciente
por su victoria que le sonaba altivo
y queriendo sin duda del pillage
recibir las primicias, corre activo
al palacio de Lutón. De un descaído
centinela en el pecho su cuchillo
hunde sin compasión: sigue y encuentra
el primero sepulchro a Rodonildo;
estaba el acero en él, y se defendía
y el pavimento con la sangre tinto
del Normando feroz. Mas, moribundo
el cortesano vil entre gemidos
me descubre que Arnoldo es inocente
y él, Rodonildo, el único asesino
del hijo que Morais.

Eudory. (Dirigiéndose a un hijo)

¡Ah! ya sabía
que era noble tu pecho, Arnoldo mío;
mil veces sospeché que me ocultabas
un secreto fatal. ¡Fue, amigo,
Rodulfo generoso: la ventura,
diré mejor, el celestial delirio
que me enagena en este instante; como
pagárselo podré?

Rodulfo.

¡Si el destino
de los hombres se burla. Vos dichoso
gozáis; mas yo cuyo dolor activo
termino no tendrá; que suerte espero!

*¡que amargo portvenir!..... ¡Hijo querido!
¿cómo encontrarte ya? ¿mas á tu lado
vuelo sin dilacion. Adios amigos:
¡muertos en una tumba allí me ofrece
el silencio, el descanso y el olvido.*

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros



985